

Jenny Del

YA NO CREO EN EL
AMOR



YA NO CREO EN EL
AMOR

© Ya no creo en el amor

1ª. Ed. Julio/2020

Autora: ©Jenny Del

*Todos los derechos reservados. Está prohibido reproducir, compartir o descargar de la forma que sea en todo o en parte, ni registrar en/o transmitir por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímica, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor esta obra. Los derechos de esta obra recaen y son sólo de su autora. Este libro electrónico tiene licencia solamente para uso personal, y atendiendo al Art. 270 del Código Penal contra la Piratería (Art. 270 y siguientes), el revenderlo o compartirlo con otra/s persona/s recae en la infracción de los derechos mencionados con anterioridad y puede ser constitutiva de delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, sucesos y demás, son obra de la imaginación de su autora y son empleados de forma ficticia. La mención de alguna marca o lugar no supone ningún tipo de publicidad o de beneficio alguno por parte de su autora.

... Y cuando la vida más parece ensombrecerse, el sol se empeña en volver a brillar y la maquinaria de la ilusión se pone de nuevo en marcha.

CAPÍTULO 1

Un día completo sin levantarme de la cama, veinticuatro horas exactas según el reloj, pero es que, ¿por qué me iba a levantar si no contaba con ningún aliciente para hacerlo?

A decir verdad, lo único que me apetecía era un café, así que me levanté como si fuera un zombi y metí la cápsula en la cafetera. En ese instante, mi mirada se fue a una cajetilla de tabaco que olvidó Manolo sobre la encimera de la cocina; yo había dejado de fumar cinco años atrás, pero con el agobio que sentía no dudé en coger un cigarrillo y encenderlo.

Manolo se había marchado la tarde anterior, llegó de trabajar a las tres y le tenía la comida en la mesa cuando me dijo que se iba, que se había enamorado de una compañera del trabajo y que estaban esperando un bebé. Así sin anestesia, mi marido, con el que llevaba casada dos años y con el que los últimos dos meses me aventuré a buscar un bebé. Tan cruel como sonaba, menos mal que en ese momento tenía el período, de lo contrario me hubiera terminado de dar un chungo.

El que viví el día anterior fue un episodio de esos que siempre piensas que vas a ver en las películas, pero que ni por asomo imaginas que tendrás que soportar en primera persona. Lógico, lo que una sueña desde niña es que venga un príncipe azul que la convierta en una princesa, y no un sapo ponecuernos que la haga una desgraciada. Pero claro, es el destino quien tiene la sartén por el mango y debía estar aburridillo, porque le había dado por ensañarse conmigo, pero bien.

No obstante, al menos estaba orgullosa de mi reacción pues, aunque si me llegan a pinchar en el momento de la confesión de aquel patán no me sacan ni una gota de sangre, yo había guardado la compostura. Recordé esas palabras que siempre me decía mi madre, “Martina, que una mujer vale todo lo que se dé a valer...”

Mi madre, esa mujer que ejercía conmigo y con mi hermano labores de ángel de la guarda y a quien por nada en el mundo quería yo hacer daño. Por ella tendría que sacar fuerzas de flaqueza, pero por el amor de Dios, ¿cómo se hacía eso? Ni idea, sencillamente no tenía ni idea...

Me encontraba más perdida que el barco del arroz y dudaba mucho que hubiera tutoriales sobre cómo recomponer un corazón partido en tiempo récord. Ya me imaginaba al YouTuber en cuestión: “se cogen los pedazos y, con el pegamento en la otra mano...” Iba a ser que no era el caso, hasta esboqué una leve sonrisilla irónica pensando en el vídeo imaginario...

Por mucho que me hubiera propuesto no hacerlo, rememoré cada uno de los movimientos de Manolo del día anterior. Cómo dolía recordar el rato que estuvo introduciendo todas sus pertenencias en cajas de cartón que traía ya listas para llenar; no dejó ni el cepillo de dientes, pero bueno, suyo era y yo no quería nada.

Mierda, mierda y mierda, que me iba a meter en una espiral dolorosa de la que me costaría Dios y ayuda salir. Si es que me daba la impresión de que aquella sabandija todavía seguía delante de mí, achicharrando mi corazón con sus palabras como si de un hierro candente se tratara. ¿Cómo era posible acumular tanto dolor en un solo órgano? Ahora, más que nunca, mi corazón iba a tener que demostrarme la pasta de la que estaba hecho...

La cosa estaba bastante clara, y es que, como buena seguidora de Marta Quintero, yo a mi marido solía cantarle eso de *“Tú eres mi mundo, mi principio y mi fin”*, y ahora mi mundo se había desmoronado cual, si de un castillo de naipes se tratase, abruptamente.

Dolor y más dolor, eso era lo que se reflejaba en los rincones del que hasta el día anterior había sido nuestro hogar, y que ahora se me antojaba como un recinto frío y vacío, en el que faltaba el alma de la casa... Un alma al que no quería volver a ver ni en pintura, porque yo sería sevillana, pero a Dios ponía por testigo que ese no volvía a ser *“miarma”*.

La nuestra había sido la típica historia de amor, no voy a decir que de cine, pero para mí maravillosa, porque yo de Manolo había estado enamorada hasta el tuétano...

Nos conocimos en bachillerato y, desde el primer día que nuestras miradas se cruzaron, supe que deseaba vivir una historia de amor con él. ¿Qué más da si eso se llama amor a primera vista o un flechazo certero de Cupido? Yo lo único que sé es que pensé que estábamos hechos el uno para el otro... Y no fui la única que debió pensarlo, porque pronto la vida nos puso en bandeja un noviazgo que disfruté hasta la saciedad.

En cuestión de pocos meses nos hicimos totalmente inseparables, tanto que a menudo nuestros compañeros se hacían los graciosos entonando cancioncitas de enamorados a nuestro paso... ¿Y qué? A mí me sobraba el mundo mientras fuera de su mano...

Más tarde yo pasé a ocupar un puesto en el despacho de abogados que regentaba mi padre y Manolo se preparó para la guardia civil, no tardando en aprobar las oposiciones.

Así las cosas y, en menos de lo que canta un gallo, ya teníamos la vida resuelta; toda una suerte habida cuenta de lo difícil que lo tienen muchos jóvenes de hoy en día para poder abandonar el nido paterno.

El siguiente paso estaba cantado, porque si algo deseábamos ambos era unir nuestras vidas y pasar todo el tiempo posible juntos, gozando de las mieles de la intimidad sin intromisiones.

Por esa razón, con veinticuatro años estábamos dándonos el *“sí quiero”* y comenzando una vida en común que me había reportado interminables satisfacciones y que yo hubiera puesto la mano en el fuego porque duraría hasta el fin de nuestros días... Pero se me hubiera puesto al rojo vivo, esa era la realidad, porque solo había durado hasta ayer y lo más terrible es que seguramente mi marido llevara una doble vida desde mucho antes.

Cuántas veces había escuchado eso de que el cornudo es el último en enterarse y qué poco podía imaginar que yo no tardaría en engrosar tan lamentable listado.

¿Y ahora qué? Esa era la pregunta que se repetía una y otra vez en mi cabeza y a la que yo no sabía cómo dar respuesta.

Por suerte, que algo de eso sí debía tener, la casa en la que vivíamos me la regalaron mis padres, de modo que no tendría que hacer ningún reparto; me la quedaría yo y punto redondo. Y para mejorar aún más la cuestión, en lo económico también lo teníamos todo solucionado, pues él tenía su cuenta y yo la mía. A partir de ahí, todos los meses poníamos un fondo común para gastos, pero el resto quedaba en nuestras cuentas personales. Por último, del divorcio se encargaría mi padre, así que por ese lado podía estar más que tranquila.

Intentando ver la parte positiva del asunto, pensé que menos mal que me dejó un viernes por la tarde, así aquel día no tuve que ir a trabajar, ya que yo lo hacía de lunes a viernes por la mañana... Tenía un fin de semana por delante para intentar reponerme una mijilla y no llegar al despacho con esa cara de muerta de tres días que se reflejaba en el espejo.

No obstante, y por muchas vueltas que quisiera darle, qué triste era comenzar de cero sin estar preparada para ello; viendo como el hombre con el que tenía la certeza de que iba a compartir el

resto de mi vida, se esfumaba con otra formando una familia en un santiamén.

Que sí, que ya me imaginaba leyéndome una pila de libros de autoayuda de esos que tanto se llevan ahora, y compartiendo en el Face cantidad de frases motivadoras, como todos los separados... Pero que aquello dolía un huevo era un hecho y si no que me lo dijeran a mí, que de la opresión que estaba sintiendo en el pecho me costaba hasta respirar.

Tenía que poner al día a mis padres y a mi hermano Leo, se iban a llevar el palo del siglo... De hecho, ellos veían a Manolo como un gran hombre y lo querían como a un hijo y hermano; pero claro, es que todos pensábamos que era una persona íntegra, con sentimientos bonitos y puros, y ya veis por donde me había salido el chaval, por la vía de Tarifa...

Ni que decir tiene que me tomé el café y me fumé un cigarrillo tras otro. Ea, ahora Martina a fumar como un carretero, ¿sería posible? Pues lo era, porque la sensación de echarme un piti parecía calmarme. Y calma era lo que yo necesitaba a puñados.

Antes de que quisiera darme cuenta, pues de lo impactada que estaba apenas tenía noción del tiempo, comenzó a anochecer y claro, vuelta a la cama, ¿qué pintaba deambulando por aquella casa que de repente se había vuelto tan fría y vacía?

Una oveja, tres cabras, unos cuernos, un bebé... todo menos coger el sueño, así que me volví a levantar, me preparé un té de esos que ayudan a dormir y me lo tomé triple... Necesitaba desconectar, necesitaba despertar sin tanta tristeza.

No sé a qué hora logré conciliar el sueño, pero sí que cuando lo hice caí rendida, después de llorar y llorar... Me iba a levantar bonita al siguiente día, con los ojos como dos huevos duros.

Miré el reloj cuando vi que unos golpes iban a tirar la puerta abajo, las diez de la mañana y diez llamadas perdidas de mi hermano Leo.

Abrí y era él.

—Hermana te llamé mil veces —entró directo a la cocina.

—Estaba durmiendo, ahora vi las llamadas —lo seguí y me fui enflechada a la cafetera, como una yonqui de la caféina.

—Ayer salí a cenar y vi a tu marido con otra, sin esconderse, ¿me puedes decir que está pasando? Te juro que me quedé loco, no he pegado un ojo en toda la puñetera noche.

—Pues te informo de que me dejó por ella, vino después del trabajo, me contó que se había enamorado, que estaban esperando un bebé y recogió sus cosas y se fue. Así de rápido, de frío y de cruel, ¿puedes creerlo?

—¿Cuándo fue eso? —su rostro reflejaba mucha preocupación.

—Ayer, ayer... —me eché a llorar, estaba intentando hacerme la fuerte, pero como que no podía.

—Qué hijo de la gran... —resopló y me abrazó.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? No he visto menos vergüenza junta en toda mi vida, ya le vale al muy...

—Lo vi al pasar con el coche por aquella terraza, no me lo podía creer, él no me vio, pero me quedé en shock. No te quise decir nada en ese momento pues eran las once y pico, miré tu estado y hacía una hora que no estabas conectada, no te quise despertar; aunque por tus ojos veo que tardaste en poder dormir.

—Sí, anda que me he levantado bonita, parece que los tengo inyectados en sangre —suspiré.

—Martina, tú estás bonita hasta vestida de buzo y debajo del agua, con la escafandra y todo. Otra cosa es que hayas tenido días mejores, hermanita...

—Sí, esto es una pesadilla, Leo, ¿quién me lo iba a decir? Por el amor de Dios, pero si el fin de semana pasado estábamos todos en casa de nuestros padres... Y él alabando la comida de mamá y el trabajo de papá, como siempre, en total normalidad, esto es de locos, te lo juro, para que se me vaya la pinza es...

—Veo que estás mal —acariciaba mi pelo mientras dejaba que me desahogara.

—Para irme de feria no estoy, no... —suspiré, dejando salir todo el aire del interior de mis pulmones; un aire que sentía viciado, como todo a mi alrededor, pues mi entorno parecía haberse vuelto tóxico.

—Pues tengo una idea mejor, vamos a ir a ver a los abuelos unos días. No voy a permitir que en tu estado estés aquí encerrada y menos que vayas a trabajar hasta que no estés más repuesta, así que prepara la maleta mientras yo hablo con papá y mamá, porque tú y yo nos vamos a Portugal.

—No, por favor, yo quiero dormir, quedarme sola, no quiero ir a ningún lado —la sola idea de tener que preparar el equipaje y salir de mi casa me horrorizaba, por Dios que sentía que no tenía fuerzas ni para echar viento.

—Te he dicho que nos vamos; no, no te vas a quedar sola, tienes una familia que no va a permitir que caigas en picado. Además, ya es hora de ir cogiendo unas merecidas vacaciones, es comienzo de verano, ¿se te ocurre otro momento mejor que ahora? —cómo se notaba que era abogado como nuestro padre, a Leo se le daba tela de bien argumentar.

—Es que... —murmuré mientras buscaba en mi mente una nueva excusa que me sirviera para meterme en la cama y taparme hasta la cabeza, que era mi deseo.

—Siempre vamos unos días y la abuela se pondrá muy contenta de vernos aparecer por allí. Venga, no te hagas más de rogar, prepara la maleta que luego lleno el tanque de gasolina y nos vamos. En dos horas vengo a por ti —ea, ya me había hecho el plan completo y ahora a ver quién era la guapa que le quitaba al chaval la idea.

—Hermano...

—Ni hermano ni leches —besó mi mejilla y se fue.

Ahora a Portugal... Madre mía, aunque en el fondo mi abuela me haría mucho bien, ella me quería con locura y yo la adoraba. Recordé que, cuando Leo y yo éramos pequeños, siempre íbamos a su casa una semana en Navidades y un mes en verano. Cuando me hice mayor, solía ir una vez al año, o dos, o tres; según me diera, pero nunca dejé de hacerlo, su casa era para mí un refugio.

Mi madre era portuguesa y mi padre español, de Gijón. En cuanto a Leo y a mí, nacimos en Sevilla que era donde residíamos.

Mis abuelos apenas tenían setenta años y estaban genial, pues mi madre nació siendo ellos muy jóvenes y a su vez, Leo y yo también nacimos cuando mi madre era muy joven... Ello propiciaba que, si Dios quería, nos quedaban todavía un buen puñado de años para disfrutar de ambos.

Lo mejor es que mis abuelos vivían en un pueblo de la costa de Portugal, de modo que iba a poder sanar dándome algún que otro baño en el mar; aquello lo curaba todo, aunque para curar lo mío iba a necesitar más que un baño, no salir del mar en un mes... Pero bueno, por algún lado tenía que empezar y dado que a Leo no iba a haber quien lo hiciera cejar en su empeño, yo ya tenía que empezar a mirar en positivo. ¿No dicen que las cosas se ven de una manera u otra dependiendo del cristal con que se miren?

Tirando de mi cuerpo, me duché, preparé la maleta sin ganas y metí de todo, ya que no sabía el tiempo que me quedaría; cuando la estaba cerrando escuché a Leo tocar el claxon del coche. Era "el bullitas" mi hermano y más puntual que un británico, el jodido, como para haberme andado con

remilgos... me hubiera llevado sin equipaje y sin nada, cogiéndome en brazos y metiéndome en el coche, como en las pelis.

CAPÍTULO 2

Servicial como era, Leo me ayudó con la maleta y nos montamos en el coche.

—Ya les conté todo a papá y mamá, les pedí que no te sometieran a un interrogatorio y que no te llamaran hasta que yo les diga que ya eres persona.

—Muy bien... —abrí la ventanilla y le quité un cigarrillo de la cajetilla.

—¿Te has vuelto a echar a fumar? —me miró extrañado, no era para menos, pero yo no deseaba una bronca.

—Bueno, digamos que anoche me fumé media cajetilla que se dejó el energúmeno y ahora me fumaré todo paquete que te vea a ti, ¿responde eso a tu pregunta? '

Me puse un poco a la defensiva, tampoco deseaba que me dijeran lo que tenía y lo que no que hacer; bastante se había tomado Manolo la libertad de elegir por mí como para que ahora el resto también quisiera tratarme como si tuviera tres años.

—Solo estos días de nervios, luego no lo hagas, lo dejaste sin problemas, demostraste mucha fuerza de voluntad y sería una pena que la cagaras ahora.

—No me des charlas, no estoy para eso —contesté con voz triste, pues en el fondo sabía que no debía enfadarme con él, que lo decía por mi bien; tampoco estaría bien que mi hermano pagara el pato de mi mal humor.

—Está bien —me hizo una caricia en la rodilla, Leo era un amor, siempre lo había sido...

Mi hermano, igual que yo, también trabajaba en el despacho familiar. Leo era cuatro años mayor que yo y había estudiado la carrera de Derecho que ejercía junto a mi padre. Por mi parte, me encargaba de llevar las comunidades de vecinos que se gestionaban a través del despacho y administraba un equipo, así que me encargaba de coordinar todos los problemas que surgían en los edificios y mandaba al técnico especializado en la avería.

Durante mi ausencia mi puesto lo cubriría una de mis compañeras, por esa parte me iba tranquila y el de mi hermano, mi padre. De todas formas, él ya estaba dejando todo listo para cogerse vacaciones.

Paramos a comer en un restaurante de carretera cuando cruzamos la frontera de Portugal.

—Come hermanita, no quiero pensar cuántas horas llevarás sin probar bocado —insistía Leo.

—Pues desde ayer por la mañana, porque digamos que el almuerzo no me apeteció mucho cuando llegaron las cajas y, con ellas, la noticia. Allí se quedó, encima de la mesa, luego lo tiré con rabia, no vuelvo a cocinarle a nadie en mi vida —resoplé furiosa.

—Calma, fierecilla, no saques demasiadas conclusiones precipitadas, el tiempo lo curará todo. Ahora solo tienes que pensar en comer y en reponerte, ¿o te has olvidado de eso que siempre dices de que los problemas hay que solucionarlos de uno en uno?

—Debo haberme olvidado de eso y de todo lo demás, porque tengo la cabeza como una olla exprés, hermano, me da vueltas y vueltas... —me sentía morir, esa era la única verdad verdadera, pero trataba de sacar genio y de disimular un poco para no hacer sufrir a Leo.

Sin llegar a ponerme las botas, logré engullir un almuerzo medio decente que templara mi estómago. A continuación, seguimos el camino hasta llegar a nuestro destino; la casa de nuestros abuelos, esos que no nos esperaban y se volverían locos de contentos.

Cuántos recuerdos agolpados en mi mente según llegábamos, siempre era un motivo de gozo llegar junto a las personas en cuya casa consideraba que estaban mis raíces. Vi a Leo también muy emocionado, era lógico... los abuelos nos adoraban y era la primera vez que acudíamos a ellos en plan retiro espiritual.

—Te juego lo que quieras a que si la abuela supiera que estamos de camino nos esperaría donde siempre, pero es mejor así, no levantar sospechas que puedan preocuparles antes de tiempo.

—No apuesto porque perdería, lo ha hecho toda la vida de Dios, esperarnos con esa carita de buena que tiene, deseosa de abrazarnos y de repetirnos una y otra vez lo mucho que nos quiere. Y aunque esta vez no nos espere, se va a volver loca con la sorpresa.

Leo aparcó casi en la puerta y casualmente la abuela estaba mirando a través de las rejas del salón, de forma que cuando se percató de que éramos nosotros comenzó a gritar.

—¡Mis niños, Paolo, mis niños! —le decía a mi abuelo mientras salía apresuradamente a recibirnos.

Madre mía que, en momentos así, a la abuela parecía que le habían puesto unos patinetes en los pies. Daba gloria ver lo bien que estaba y lo demostraba dando una carrera hacia nosotros que dejaba fuera de juego a un galgo.

Mi hermano me miró riendo, ya sabíamos que nos iba a comer a besos de aquí a que nos acostáramos, mientras nos diría una y otra vez lo mucho que nos quería a los dos y lo guapos que estábamos... Y no nos diría que habíamos crecido de milagro, pero todo se andaría...

Total, que la buena mujer salió como si hubiera visto a la virgen de Fátima y parecía una máquina de repartir decenas de besos por toda la cara.

Luego salió mi abuelo y lo abrazamos igual, más buenos los dos que el pan, alegraban la vida los reencuentro con ellos.

El momento más complicadillo llegó cuando mi abuela me preguntó por mi marido, pero mi hermano le hizo un gesto rápido y le contestó que él le contaría luego. A renglón seguido entramos en la casa y agradecí que fuera Leo quien les pusiera al tanto de lo sucedido.

Mientras lo hacía, yo preferí entrar en el dormitorio de soltera de mi madre, que era el que la abuela tenía reservado para mí desde que era una niña. La casa era amplia y contaba con varias estancias, por lo que había sitio de sobra para todos. Sea como fuere, aquel dormitorio, de línea romántica y tonos pastel, había albergado muchos de mis mejores sueños infantiles, y se abrió ante mí como un remanso de paz... Una paz que yo necesitaba con toda mi alma.

Soplaba una brisa fresquita, aunque el sol lucía radiante, por lo que estábamos de lujo también en el interior de aquella casa que yo sentía en parte mía.

Respiré hondo, sabiendo que no sería plato de buen gusto cuando saliera del dormitorio y tuviera que ver la carita de mis abuelos después de conocer la noticia del abandono del desgraciado ese...

Un tanto nerviosa, me duché, me cambié y salí a la cocina donde estaba mi hermano con mis abuelos; huelga decir que, viendo sus gestos contrariados y cariacontecidos, yo sabía que ya los había puesto al día.

Mi abuela se acercó y me abrazó.

—No te quiero ver echar ni una lágrima por ese hombre ¿entendiste? No se lo merece y tú

siempre te has portado muy bien con él. Si no lo ha sabido valorar, es su problema...

—Si —sonreí.

—Hoy vas a cenar las croquetas de la abuela y se te va a quitar toda esa tristeza que veo en tus ojitos.

—Y mañana me la llevo a la playa y la emborracho —respondió mi hermano y mi abuela lo miró a modo de riña, pero bromeando, en tanto que mi abuelo soltó una carcajada.

—Llévame a mí también —murmuró el hombre entre risas por el tema de los tragos.

—Tú eres muy viejo, Paolo —le contestó mi abuela levantándole la mano en plan amenazante, por supuesto en broma.

—Yo estoy muy nuevo, eres tú la que te empeñas en hacerme creer que estoy en las últimas —me hizo un guiño mientras contestaba a mi abuela.

—Ay Paolo, asume tu edad.

—Yo la asumo, pero mi espíritu también cuenta. Y tampoco soy tan mayor mujer, que lo estás diciendo de un modo que bien puede parecer que sacara un pasaje para el Arca de Noé.

—En eso tiene el abuelo razón —lo defendí y mi abuela me hizo un gesto de reprimenda con el que nos echamos a reír.

Después de eso, comenzó a preparar la cena y mientras nos sirvió un vino casero, que ella compraba a un vecino que tenía una producción propia de sus viñedos, una delicia para el paladar y para ahogar las penas.

—No me vayas a decir que esto no resucita a un muerto, hija —me comentaba la abuela mientras le dábamos un primer trago, después de que se empeñara en brindar por mi futuro.

—Sí, abuelita, y ahora ya con las croquetas va a ser el remate de los tomates —le respondí intentando aparentar un entusiasmo que no tenía ni por asomo.

Leo me miraba y me hacía guiños, pero no en plan “tranquila, todo va a estar bien” y esas cosas, no; su guiño era de esos de estar mandándote el mensaje de “verás lo bien que lo vamos a pasar” y es que mi hermano tenía un pequeño problema; era un culo inquieto y siempre estaba dándole vueltas a qué hacer en sus ratos libres y ahora iba a tener muchos de esos.

Antes de cenar salí a la puerta a fumar un cigarrillo y respirar un poco de aire; demasiado bien fingía estar para lo mal que lo estaba pasando.

Le di la primera calada cuando escuché una voz masculina que me hablaba, miré hacia el lado del que provenía y comprobé que quien hablaba era el vecino de al lado, al menos estaba en la puerta y esta estaba abierta, a lo que había que añadirle que iba descalzo.

No entendía lo que me decía, ese no hablaba portugués pues yo lo hablaba perfectamente... así que después de intentar descifrar de qué idioma se trataba, me vi en la obligación de llamar por la ventana a mi abuela a ver si ella por ser su vecino lo entendía.

El chico se puso a mi lado y mi abuela se asomó por los barrotes.

—Yaya, este chico, que creo que es tu vecino, me está hablando y no lo entiendo —él sonrió a mi abuela y esta se puso la mano en la frente.

—Paco ¿Ya te estás quedando con mi nieta? Hija, si es de Sevilla como tú —lo tenía a mi espalda, así que no veía cómo cerré los ojos, solté el aire y ya sí, me escuchó echarme a reír.

—No me lo puedo creer —me giré sin dejar ya casi de carcajearme mientras iba negando con la cabeza.

—Pensé que eras holandesa y como yo trabajé allí... —se encogió de hombros mientras sonreía.

—¿Cuándo has trabajado tú en Holanda, Paco? —le preguntó mi abuela a modo de riña por no

ser cierto lo que estaba diciendo.

—Telma —protestó a mi abuela con un gesto —me lo estás poniendo difícil con ella —movía la cabeza protestando, de broma obviamente.

—Yo ya me fumé el cigarro y entro en la casa, que vaya presentación con el vecino —atravesé la puerta riendo incrédula por lo que había pasado.

—Adiós, vecina —le escuché vociferar desde atrás y levanté la mano sin girarme desde dentro.

Entré riendo a la cocina, en la que estaban mi hermano y abuelo, pero rápidamente mi abuela llegó contando la gracia del vecino. Además, comentó que él me conocía por las fotos que ella le había enseñado, por lo visto el chico solo llevaba cinco meses viviendo allí.

Cenamos entre risas, la cierto es que había sido buenísimo cómo se quedó conmigo y aquello nos sirvió de tema de conversación mientras degustábamos unas croquetas que hacían olvidar todos los males, o eso quería pensar yo...

Un ratito después, cansadísima como estaba, me retiré a mi dormitorio. Necesitaba dormir, descansar, intentar desconectar; la cabeza me iba a mil...

CAPÍTULO 3

Lo primero que noté al abrir los ojos fue aquel exquisito olor a café... Y como buena adicta a la cafeína salí zumbando cual abeja a tomarme una humeante taza.

—¿Ves abuela? Ya te dije yo que mi hermanita acudiría atraída por este olor como los ratones al flautista de Hamelin —rio Leo.

—Normal, si es que este café huele en todo el vecindario, da auténtica gloria —esa otra voz sí que me sorprendió más, ¿qué hacía Paco en nuestra cocina?

—Pero bueno, ¿y esto? Vaya sorpresa —pensé que menos mal que había dormido con una camisola con la que salté de la cama y que no era precisamente indecente.

—Pues nada, que resulta que tú no lo sabes porque no vives aquí, pero yo quiero mucho a tu abuela y me ha parecido una estupenda idea traerle unas pastas para desayunar, de esas de la confitería de la esquina.

—Tú me querrás mucho, granuja, pero por esta cocina es la primera vez que te dejas caer —puso ella los brazos en jarra — a ver si te crees que me chupo el dedo —mi abuela era todo un personaje, menudos arranques graciosos que tenía...

—Bueno, pues alguna vez tenía que ser la primera. Prueba una pasta, Telma, que ya verás lo buenas que están, que seguro que todavía no has desayunado.

—¿Dices que no ha desayunado? —le contestó mi hermano —bien se nota que no conoces a mi abuela, pero si esta mujer es la encargada de darle al pinganillo para que salga el sol cada mañana... Anda que no madruga ella nada.

—Eso es verdad, Paco —empezó a explicarle ella — y no te vayas a creer que es porque me acuesto a la hora de las gallinas, que de eso nada... Es solo que a mi edad ya una va durmiendo cada vez menos y es ver el primer rayo de sol y parecer que tengo un alambre en el culo.

—¿Un alambre? Abuela, a lo mejor es el abuelo con ganas de fiesta a esa hora —le dijo mi hermano y ella es que se partía.

—Desde luego que vaya pieza estás tú hecho, Leo, solo te faltaba juntarte con Paco, que me parece a mí que cojea del mismo pie que tú....

—¿Yo? —se hizo él el ofendido.

—Tú, tú, que veo que ya os habéis presentado —le dije yo —hermano, este es el prenda que me tomó anoche por holandesa.

—Hombre, es que igual un poco guiri sí que pareces —soltó Leo poniéndose de acuerdo con Paco, buenas dos patas para un banco que habían ido a unirse.

—Sí, claro —me repanchingué en la silla con ganas de no hacer nada más, pero ya sabía yo que no iba a ser el caso.

—¿Qué plan tenemos para hoy? —soltó Paco con todo su desparpajo y descaró y, suerte que acababa de tragarme el sorbo de café, o ese llega hasta la pared.

—Pues hoy iremos a la playita, vamos hombre, digo yo... Estaría bueno que volviéramos para

Sevilla blancos como dos pescadillas —argumentó mi hermano.

—De eso nada, además, ahora han puesto en la playa un chiringuito que tiene una marcha increíble desde por la mañana, y un sitio de alquiler de hidropedales con los que se pasa bomba...

¿Bomba? La bomba era este tío, ¿se podía tener la cara más dura? Igual sí, pero para eso había que ir a encargarla...

—¿Hidropedales has dicho? Pues ya estamos allí, ya verás dónde aparecemos con ellos, y a mi hermana le encantan también todos esos saraos, ¿no es verdad Martina? —me dio un codazo y otra vez que el café pudo ser esparcido por la cocina, porque lo noté subir dando vueltas hasta el borde de la taza.

—Sí, no veas, tengo yo unas ganas locas de estar ahí dale que te pego a los pedales —resoplé.

—Pero qué dices, miarma, que hay que darle movimiento al cuerpo, que si no se atrofia. Yo soy un especialista con el hidropedal, ya lo verás. Lo que pasa es que tú no tienes ganas de nada porque a ti te pasa algo, se te ve a la legua —conjeturó Paco.

—Mal de amores, para qué vamos a estar dándole más vueltas, te lo digo yo así rapidito para que no tengas que estar haciendo cábalas —le comentó Leo y yo lo miré con cara de “sigue y te cojo por el pescuezo, pero ya”.

—¿Tan joven y con un novio capullo? Si yo no estaba seguro de si habías cumplido los dieciocho, chiquilla —bromeó él.

—Me da a mí que tengo alguno más y me da que no ha sido un novio capullo, sino un marido capullo —suspiré.

—Eso te pasa por haberte casado tan joven, ahora tu hermano y yo te vamos a enseñar todo lo bueno que tiene la vida. ¿Quieres una pastita? —cogió una y me la metió en la boca...

Mierda, que yo no quería pastitas a esa hora, que bastante pastosa tenía ya la boca después de la mala noche que acababa de pasar....

Miré a Paco y me tuve que reír porque ahí lo tenía, con el pedazo de cuerpachón ese que Dios le había dado, cantando y bailando lo de “*oye, abre tus ojos, mira hacia arriba, disfruta las cosas buenas que tiene la vida...*”

No, si al final el muy ganso me hacía reír con sus tonterías... Y de paso me alegraba la vista, que yo estaba triste pero no ciega, y el muchacho era todo un monumento, con una sonrisa preciosa y perfecta, a lo que había que añadir un *body* impresionante... Vamos que estaba cañón, ese debía darse buenos tutes en el gimnasio...

No sé ni cómo lo lograron, pero en cuestión de cinco minutos ya estaba yo con el bikini puesto y camino de la playa.

—¿Has cogido los manguitos? No vaya a ser que con lo alelada que estás, te me ahogues —bromeaba Leo, a sabiendas de que yo había sido campeona de natación de pequeña y le daba siete vueltas nadando.

—Muy gracioso, más quisieras nadar la mitad de bien que yo. Algo vale que tienes un corazón de oro, porque me metes en cada una... —miré descaradamente a Paco, al que no se le borraba la sonrisa de la cara.

—¿Eso va por mí? Mira que tu hermano no ha tenido la culpa, soy yo, que me apunto a una ronda de aspirinas. Y, además, qué leches, que yo te veo muy mustia y he pensado que contigo tenía que hacer una labor social —me espetó.

—¿Una labor social? Ahora me vas a decir que tú eres una hermanita de la Caridad, cuando en realidad debes tener más peligro que una piraña en un bidé —reí.

—No tanto, no tanto que, porque uno tenga una percha impresionante y una labia espectacular,

no quiere decir que todo el monte sea orégano —ahí había quedado eso.

—Oye, tú no tienes abuela, ¿no? —ya volvía a hacerme reír el muy tunante con las salidas esas que tenía.

—Yo no, por eso voy a desayunar con la tuya...

—¿Por eso? Mira que no me fio yo ni un pelo de ti, al saber... —suspiré.

—Déjate de tonterías y disfruta de la compañía de estos dos pedazos de maromos...

Le faltó el tiempo para tenderme el brazo, viendo que mi hermano acababa de hacerlo. ¡Qué narices! Pensé que, pese a todo, era de lo más afortunada por disfrutar de la compañía de dos hombres que estaban dándolo todo por verme feliz.

Llegamos al paseo marítimo y la sonrisilla afloró a mi cara.

—¿Qué le pasa a esta mujer? —le preguntó Paco a Leo.

—Que le gusta más un puestecillo de artesanía que a un tonto un lápiz, ¿tú tienes hora de vuelta? Porque lo mismo nos quedamos aquí hasta por la noche —exageró él.

—¿Yo qué hora de vuelta voy a tener? Si a mí me deja mi padre volver a la hora que me dé la gana, ¿tú qué te has creído? —le soltó con ese gracejo que volvió a incitarme a reír.

Más exagerado y no nacía mi hermano, como buen andaluz, aunque en mi gusto por la artesanía tenía toda la razón. Desde siempre me habían vuelto loca aquellos tenderetes con baratijas de cuero y piedras multicolores en los que perderme y perder la noción del tiempo, probándomelo todo...

—Te compro lo que quieras, como si quieres llevarte el puesto entero, ¿le digo que lo envuelvan completo para regalo? —me preguntó Paco con ánimo de seguir sacándome sonrisa tras sonrisa.

—No hombre, ¿qué dices? No tienes que comprarme nada, que me da vergüenza, ya cojo yo lo que me parezca —el color apareció en mis mejillas, aunque yo no lo hubiera llamado.

—¿Qué vergüenza ni vergüenza? Como te me pongas tonta le digo al gachó este de las rastas que eche el cierre que nos lo llevamos todo... Y de paso que emplee el dinero en un buen juego de peines, que por mi madre de mi alma que debe tener hasta un nido de golondrinas en esa cabeza.

Leo explotó a reír y yo le seguí inmediatamente. Desde luego que lo que no se le ocurriera a Paco no se le ocurría a nadie en el mundo... Menos mal que el chico no debía haberlo entendido, o eso creía yo...

—¿Andaluces? —nos preguntó y comprendimos que la habíamos cagado a lo grande.

—Sevillanos —le contestó Paco, negando con la cabeza por la metedura de pata.

—No te preocupes, tío, que yo soy cordobés... pero que, si me anidan las golondrinas en la cabeza, me ahorro tener que poner música, ya la llevo incorporada.

—Claro, hombre, si la vida es eso, buscarle el lado bueno a todo y reírse uno el primero —lo miró mientras me susurraba que escogiera algo para desagaviar un poco al chico.

—Me gusta esta tobillera con el símbolo del infinito —le comenté mientras pensaba que infinitos cosquis le daría yo a él, ¡menudo bochorno el que acababa de hacernos pasar con el chico!

—Pues nada, marchando una tobillera para la niña —dijo él y, cuando el chaval se la entregó, me ayudó a colocármela, de lo más atento.

Como alma que lleva el diablo nos marchamos del puesto y bajamos a la playa. Enseguida Paco quiso que alquiláramos un hidropedal y que nos pusiéramos todos manos a la obra.

Algo no me cuadraba, porque “el especialista” no perdía ojo a lo que hacía Leo y, tan pronto empezamos a darle al asunto, parecía más agobiado que un cangrejo en un cubo.

—Oye, ¿a ti no se te daba esto de lujo? —le preguntó Leo enderezando el rumbo del hidropedal, que a ese paso nos llevaba hasta Pernambuco.

—Yo igual he exagerado un poquillo y no soy tan bueno; o igual no me había subido en un cacharro de estos en mi vida, pero el caso es animar a tu hermana —confesó mientras lo miraba incrédula.

Paco tenía un morro que se lo pisaba y estaba claro que era capaz de inventarse que había estado en la Luna con tal de darme palique y permanecer cerca de mí. No podía más que reírme... y de paso, darle a los pedales.

—¡¡Chiquillos!! —les chilló a unos niños que estaban con una tabla por allí cerca —Ay, Dios, no les hemos abierto la cabeza con el bicho este de milagro —miraba él al hidropedal.

—Oye, tú eres un poco de seco, ¿no? —observé, porque el tío tenía una pinta atlética que no dejaba dudar a las dudas, pero con el agua no parecía estar muy familiarizado.

Se iba a librar porque tenerlo delante, tan definido, tan morenito y tan mojado por el agua constituía un auténtico espectáculo para los sentidos... aunque el verdadero espectáculo llegaba cuando abría la boca, porque el día que repartieron la gracia, Paco debía estar el primero en la cola y se llevó ración extra, por madrugador.

Cuando, una hora después, entregamos el hidropedal, lo noté aliviado.

CAPÍTULO 4

—¿Dónde te vas a sentar, Martina? Que parece que vas a tirar un córner... Siéntate aquí conmigo, que ya verás qué buena sombra te doy...

—¿Me quieres dejar un poquito, Paco? —resoplé y comprobé que quien se lo estaba pasando pipa era mi hermano.

—No me seas arisca, anda...

—Leo, ponme un poco de crema, por favor, que me parece que me estoy quemando la espalda —dije un rato después, tumbadita boca abajo como estaba.

Vaya manos que tenía mi hermano que eran para embalsamarlas, y vaya contractura que me notaba yo en la espalda, fruto inequívoco del mal momento por el que estaba atravesando; así como suena, hasta contracturada me había dejado el indeseable de Manolo.

Debí hasta gemir del gustito, pero es que a mí me encantaba que me hicieron mimos, arrumacos y masajitos, y Leo se pintaba solo para eso. De seguir así, hasta dormida me iba a dejar el hijo de su madre, que no era otra que la mía.

Una niña se acercó con ánimo de jugar conmigo, pero que el señor me perdonara, yo no estaba para juegos... Yo estaba para sopitas y buen vino, y suerte que mi hermano me tenía entre algodones.

—¡¡Martina!! Después le dirás que se aleje ¿y eso no es darle pie al muchacho? —escuché preguntar desde lejos y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Si mi hermano venía chillando desde el quinto pino, ¿quién me estaba dando a mí el masaje?

Me volví súbitamente y, ¿a quién fui a encontrarme? Blanco y en vasija, leche fija; a Paquito, que no al chocolatero, sino al puñetero, que me dedicó una sonrisa no precisamente sugerente; se puso bizco y sacó la lengua.

—Ahora es cuando me arreas, ¿no te da penita? —Se mordió la lengua, literalmente, y yo lo hice en sentido figurado, tampoco iban a pagar justos por pecadores y como diera rienda suelta al monstruo que habitaba en mi interior esos días, el pobre podía salir escaldado.

—Y ahora dirás que te has equivocado, que te has caído y que, ya que apoyabas las manos, de camino me has dado un masaje; pero que ni ha sido premeditado ni nada, ¿no? —reí, de perdidos al río.

—No mujer, que tampoco tengo tanta imaginación, solo es que tu hermano no estaba y pensé que igual te sentías sola y desamparada. Y yo no puedo consentir eso, Martinita, que estaría muy feo.

—¿Muy feo? Muy feo... —enseguida me interrumpió.

—No vayas a decir que muy feo soy yo, más que nada porque no cuela —tenía jeta, para qué negarlo, y me hacía reír con sus tonterías.

—¿A qué estabais jugando? —me provocó mi hermano con su comentario en cuanto llegó a mi altura.

—¿A qué estás jugando tú? Que me dejas sola con este y yo pensando que estaba a salvo.

—A ver, ni que yo fuera Jack el destripador, guapita, que tu hermano ha ido a darse un baño —replicó él.

—Claro, hermanita, y te he dejado en buenas manos, ¿o no? —allá iba también el cachondo de mi hermano, que tenía lo suyo y lo de su prima.

—No te estabas quejando, eso desde luego, yo te veía la mar de a gustito —sentenció Paco.

—La mar de a gustito... el cielo es lo que tengo yo ganado contigo, mira que no está el horno para bollos, te lo advierto.

—Paparruchas, ya verás como en tres días hago yo que se te olviden todas las penas, ¿hace una cervecita fresquita? —señaló Paco el chiringuito.

—Hombre, esto está hecho, una, dos y las que sea menester —le contestó raudo Leo, quien tenía la teoría de que la cerveza era buena para todo.

De camino al chiringuito pensé que aquello era un poco surrealista, pero para surrealista de verdad lo que me estaba ocurriendo en los últimos días, así que habría que seguirles la corriente a aquellos dos.

Llegamos y la chica del chiringuito saludó a Paco de lo más afectuosa, como si lo conociera de toda la vida. No tardó en llegar su compañero como refuerzo y lo mismo.

—Hombre, Paco, qué bien acompañado te veo —le dijo mirándome de arriba abajo, un poco descarado el tal Duarte, como nos dijo que se llamaba.

—Che, se mira, pero no se toca, la niña es pata negra, ojito —le hizo él un gesto de advertencia, muerto de la risa, y el otro levantó las manos en señal de que era inocente y que a él lo registraran.

Inocente me daba a mí que no era allí ni el apuntador, si parecía todo un complot para subirme el ánimo, la autoestima y hasta el azúcar, como siguieran por ese camino.

—¿De verdad que no eres de aquí de toda la vida? —le pregunté en cuanto el otro se esfumó, en broma porque su acento sevillano lo delataba.

—No, pero es que yo me hago querer allá donde voy, ¿qué se la va a hacer? No es mi culpa, si soy irresistible, pues lo soy y ya está...

—Claro, claro —le comentaba yo mientras bebía a morro de la botella y veía la forma en la que mi hermano miraba a la camarera.

—Pues eso, asunto concluido, preciosa —apuntilló él mientras el otro parecía estar metido en el escote de la chica.

—¿Ya tienes puesto el zum, hermanito? —le pregunté a sabiendas de que ese lo llevaba instalado de serie y no dejaba títere con cabeza.

—Mirar es gratis, hermanita, tú deberías hacer lo mismo... también es sano —me contestó con esa sonrisa pícaro que ponía desde niño cuando ya estaba pensando en la siguiente travesura.

—Hazle caso a tu hermano y mírame a mí, que soy lo más bonito que vas a ver en todo el día... —me recomendó Paco, volviendo a sacar mi sonrisa.

—¿Tú eres un showman o de qué va esto? Hermano, dime que no has contratado a este tío para hacerme reír...

—¿Qué dices? Si quiere hacerte reír, que lo haga gratis y bajo su responsabilidad, a mí no me metáis en vuestras movidas —bromeó.

—¿En nuestras movidas? ¿Qué tengo yo que ver con el vecino de la abuela? Si anoche ni siquiera lo conocía...

—Muy bonito, uno aquí poniendo toda la carne en el asador para sacarte una linda sonrisa, y

ahora resulta que solo soy “el vecino de la abuela”, que sepas que me has hecho daño en el corazoncito —se llevó la mano al pecho en señal de estar lastimado.

—¿Corazoncito? Pero ¿los hombres usáis de eso? Mira que yo creo que es una leyenda urbana.

—Claro, claro, nosotros bombeamos sangre con un grifo que nos han metido ahí en la caja torácica, suerte que tenemos a mi hermanita para poner los puntos sobre las íes —miró Leo a Paco.

Prontito habíamos empezado a beber y en nada estaríamos concursando a ver quién decía la mayor sandez, prácticamente seguro.

No en vano, a la hora del almuerzo nuestra sangre ya debía estar mezclada *fifty fifty* con el alcohol y el reloj indicaba que quedaban todavía muchas horas para seguir dándole a uno de nuestros deportes favoritos; el levantamiento de botellín en barra.

Siendo sinceros, ya teníamos el estómago como un acordeón con tanta cerveza, por lo que nos decidimos a contrarrestar la ingesta del preciado zumo de malta con otro de los grandes placeres portugueses; la gastronomía...

Para mí y desde siempre, comer en Portugal suponía todo un placer, pues me sentía muy familiarizada con su amplia y variada oferta gastronómica, que además hacía mis delicias.

—No jodas que te vas a meter entre pecho y espalda una cataplana de marisco, hermanita — Leo me miró como pensando que no sabía dónde la iba a echar.

—No jodo y no me la voy a meter entre pecho y espalda, nos la vamos a meter, porque como me tuviera yo que comer la cataplana entera, los niños me iban a poder utilizar de pelota para jugar en el agua.

—¿A la niña le apetece una cataplana? Pues una cataplana va a tener, como Leo que me llamo... así tenga yo mismo que ir a coger los mariscos —sonrió.

—Mira, yo no es por nada, pero como tú marisquees igual que le das al hidropedal, la cataplana nos la vamos a comer “*mañana por la mañana si no se rompe la noche*” como diría Julio Iglesias...

—Muy aguda, la niña está en todo. Sé amable para esto, Paco, si me pasa por bueno...

—Ains, pobre mártir, venga si logras que nos pongan otras tres cervezas fresquitas te perdono —le dije con ojillos ya achispados.

—¿Qué tienes tú que perdonarme, princesa? Pero si me tienes como un plebeyo a tus pies desde que has llegado...

—Venga, venga, no seas insolente, anda, pide ya... —negué con la cabeza y pensé que Paco tenía mucha paciencia conmigo.

Un rato después, salíamos del chiringuito para volver a nuestras toallas...

—Así me gusta, comer algo ligerito por aquello de poder darnos luego un baño. Según el cómputo de horas que hacen las madres a la hora de la digestión, yo calculo que en tres meses ya podemos volver a mojarnos los pies en la orilla —me comentaba Paco mientras mi hermano seguía con la vista puesta en todo bicho viviente que pasara por allí, con tal de que fuera del género femenino.

—No, no, yo en un ratito me estoy bañando, pero no hemos tomado postre —me quejé.

—Hermana, no hemos tomado postre porque no nos pasaba ya ni el bigote de una gamba por el esófago, pero que ahora voy por otras tres cervezas fresquitas... que para esas seguro que hacemos hueco.

Y tanto que lo hicimos, para esas y para otras tantas rondas que los chicos quisieran traer... Y digo los chicos porque yo estaba en plan señoritinga y pretendía que me lo pusieran todo por

delante.

—Hermano, ¿te bañas conmigo? —le dije un ratito después y su falta de respuesta me indicó que Leo estaba en los siete sueños.

—Yo me baño contigo, guapísima, no vaya a ser que te marees en el agua y te perdamos —puso cara de salvador.

—No, no te preocupes que yo no me pierdo; bueno en realidad creo que me perdí hace unos cuantos años, pero de otra manera —ay, tenía que espabilar, no fuera a ser que la cervecita me soltara demasiado la lengua y me pusiera melancólica.

—Vale, vale, pero que me baño contigo, que tú ya tienes vigilante de la playa, aquí está el tío....

—Pero ¿no habíamos quedado en que tú eras de secano?

—Bueno de secano, pero no seco como la mojama, guapita, que a mí me gusta bañarme como a cualquiera. Oye, que aquí calor hace como si el demonio estuviera liado con un soplete, no me fastidies...

—Venga, pues entonces, al agua patos...

Yo también me las traía, así que terminé aceptando de buen grado su compañía, pues planta sí que tenía de vigilante de la playa y de lo que él quisiera; hasta para actor de cine servía...

Nos dimos un refrescante chapuzón durante el cual, y gracias a sus bromas, volví a reír a mandíbula batiente dentro del agua y hasta debajo... porque varias veces nos sumergimos y hasta ahí me hacía reír con sus burlas y con esos caretos tan graciosos que ponía.

—¿Aquí no hay cervecita ni nada? —nos preguntó mi hermano cuando nos vio llegar de nuevo a las toallas...

—Yo de ti me levantaba a por ellas —le comenté poniendo cara de malilla.

—¿Y por qué yo? —me sacó la lengua.

—Porque si no te voy a hacer esto —exprimí mi coleta sobre él, algo que le daba mucho coraje desde que éramos niños.

—Pero serás chantajista... —se levantó y voló por las cervezas.

—Anda, si en lo que vas y vienes, haces varios tres sesenta y le das un montón de alegrías a tu vista...

En nada llegó con una nueva ronda de cervezas que volvieron a entrarnos como si fueran agua; y no fueron las últimas, porque pasamos el resto de la tarde entre idas y venidas al chiringuito, para acabar por la noche todavía en la arena cantando sin ton ni son.

—Los abuelos van a flipar, vaya horas de llegar las nuestras —iba comentando mi hermano según llegábamos a su casa, pues debían ser las tantas...

—Sí, ahora tenemos que entrar de puntillitas para no despertarlos, te lo digo a ti, Leo, que sueles entrar como un elefante en una cacharrería por todos sitios —reí.

—Eso tiene fácil solución, os quedáis en mi casa y asunto concluido —nos ofreció Paco.

—¿Qué dices, hombre? Yo me voy volando para mi cama — y más o menos lo hice, porque comencé a correr y los dejé a ambos atrás.

—¿Adónde vas corriendo, loca? —chillaban ellos en un idioma prácticamente ininteligible, dada la cogorza que llevábamos encima.

—A la era de mi abuela, pin pon fuera —les saqué la lengua desde lejos.

Y en la almohada caí rendida después de darme una rápida ducha con la que quitarme el salitre del mar. El corazón seguía doliendo, eso era obvio, pero, a decir verdad, demasiado bien lo habíamos pasado para como yo estaba. Y siendo justa, tenía que reconocer que parte del mérito

era de Paco, que ese era capaz de hacer reír hasta a Victoria Beckham, si se lo proponía...

CAPÍTULO 5

Tenía un ligero efecto de resaca, pero solo ligero, necesitaba un café, un buen zumo y algo de pan en el cuerpo.

—Buenos días —dije estirándome al entrar en la cocina y seguidamente me llevé la mano a los ojos mientras negaba, otra vez ahí Paquito.

—Paquito hijo, le has cogido el gusto a desayunar con mis abuelos, ¿no? —reí.

—Y conmigo, y conmigo —dijo mi hermano señalándose con el dedo.

—Y contigo —Paco me hizo un guiño con una sonrisa de no romper un plato, era todo un personaje.

—Hoy nos trajo un pan de horno de leña del obrador del pueblo, así que tocan tostadas de campo —dijo mi abuela mientras las calentaba en la tostadora.

—Pero si tienes alguna predilección solo me lo tienes que decir que mañana lo consigo —me dijo Paco.

—Vamos, que mañana te veo aquí de nuevo ¡Qué morro tienes! —Eché el azúcar a mi café.

—Yo, por los huéspedes lo que sea.

—Paco, desayuna y calla, deja de buscarle la lengua a mi nieta —protestó mi abuela bromeando y poniéndole más café.

—Telma, yo solo la quiero hacer sonreír y verla feliz.

—¡Qué morro tienes! —repetí riendo.

—¿Y dónde vamos hoy?

—¿Tú no trabajas? —pregunté intentando averiguar de qué vivía pues solo lo veía queriendo planear y nada de currar.

—Yo sí, telemáticamente, pero esta semana tengo todo el trabajo adelantado, así que no me preocupa tomar un descanso.

—Telemáticamente... —reí—. ¿Qué haces por internet?

—Vendo armas...

—¡Paco! —le riñó mi abuela por su broma.

—Telma —sonrió—. Ya sabes que soy un angelito.

—Pues dile la verdad y ya está ¿Para qué tantos rodeos?

—Para hacerme el interesante, pero ya veo que eso aquí no funciona.

—Venga, va ¿A qué te dedicas?

—Soy investigador privado y vine aquí un año para investigar un caso de desaparición de una joven de trece años.

—¿En serio?

—Sí —se encogió de hombros.

—Eso es verdad Martina —murmuró mi abuela.

—Vaya, qué interesante... Y, ¿descubriste algo?

—Bueno, tengo algunos indicios, pero aún me quedan muchas vías, poco a poco, sin prisas, pero sin pausa, aunque como te he dicho, esta semana me la puedo tomar un poco de aquella manera. Estoy esperando que mis contactos me pasen información para poder seguir reconduciendo el caso.

—Me apasionan esos temas, me tendrás que contar más —mordisqueé la tostada que estaba de muerte con aquella zurrapa que hacía mi abuela.

—Me tendrás que hacer más caso para eso...

—¡Paco! —volvió a reñirle mi abuela ante la risa de Leo y mi abuelo.

—Dejadlo, ya sé de qué pie cojea —sonreí con ironía.

—Entonces... ¿Qué plan tenemos hoy? —preguntó mi hermano.

—Pues lo que vosotros queráis, me apunto, lo que no me voy a quedar es aquí llorando las penas.

—No, hija, eso no —dijo mi abuelo.

—Ni nosotros lo vamos a permitir —contestó Paco.

—Podríamos ir al club donde soy socio, está en la playa y podemos pasar el día allí, está a una media hora de aquí.

—¿Un club? ¡Ya estamos tardando!

—Joder hermano, te faltó tiempo —reí.

—Un club ¿No ves cómo suena eso?

—A lucecitas y esas cosas, ten claro que no —resoplé haciendo soltar una carcajada a mi abuelo, siempre con esa sonrisa, aunque no hablaba, para eso ya estaba mi abuela.

—No hombre, no dije eso —Paco volteó los ojos poniéndose la mano en la frente—. Un club privado, con zona de playa, restaurante, bar, piscina, pista de pádel y un campo de golf.

—De lujo, eso sí que me gusta, espero que haya tumbonas en la playa.

—De madera, con colchón y todo...

—¡Nos vamos! —Aplaudí emocionada.

—Pero espera que me tome otro café —dijo mi hermano que era “Juan cojones”, de tranquilo.

—Yo iré con abuelo al mercado, mañana haré unas cazuelas de marisco, así que no hagáis planes para entonces —dijo mi abuela.

—Aquí estaremos —respondió el caradura de Paco.

—Di que sí hijo, siempre tendrás las puertas abiertas, pero como te pases con mi Martina... —Le hizo con la mano el gesto de pegarle —te la doy bien dada.

—¿Y lo que me vas a echar de menos cuando vuelva a Sevilla dentro de seis meses?

—Ya vendrás a verme —decía mi abuela con seguridad y afirmando lentamente.

—Claro, tendré que traer a mi futura mujer —bromeó mientras me señalaba con las dos manos.

—¿Tu futura mujer? Aún no tengo el divorcio del primero y ya voy a pensar en mi siguiente divorcio... ¡Estás fatal!

—De mí no te vas a divorciar —decía ante los gestos de negación de mi abuela que miraba hacia el techo resignada.

—Si vais a ser felices tendréis mi bendición —dijo mi abuelo que nunca hablaba, pero cuando lo hacía subía el pan y hasta el colesterol.

—Abuelo, desayuna —le dijo Leo, aguantando la risa para que no la liara más.

Negué mirando a mi abuela que sonreía con cara de indignación por escuchar esas cosas, pero en el fondo era una bromista, así que estaba disfrutando.

Después de un buen desayuno en el que conseguí quitarme esa chispa de resaca, nos fuimos en

el coche de Paco hacia el club.

Mi hermano le dijo que pusiera música y, de verdad, si lo llego a saber le hubiera sobornado para que no se lo hubiese dicho en la vida. No se le ocurrió poner otra cosa que el “Soy minero”, sí esa de Antonio Molina...

Ahí se puso a cantar el tío mientras mi hermano y yo nos echamos a reír, y él como si nada, seguía cantando con una mano en el volante y la otra al aire mientras entonaba.

Yo iba en el sillón de atrás que me iba a dar algo. ¿De dónde había salido este personaje que fue a parar al lado de mi abuela?

Verás la apariencia de Paco... Lo primero: es que no parece llamarse así. Lo segundo: tiene el porte de un surfista, además de vestir como tal, o sea, te lo puedes imaginar llamándose Kevin, Alex, Nacho, pero ¿Paco? ¿Y cantando por Antonio Molina? ¡Venga ya! Y encima si no hablara parecería un chico interesante, prudente, pero era abrir la boca y nada, Paco de toda la vida...

Divertido era, las cosas como son, yo era más paradita, me ruborizaba fácilmente, intentaba no ser el centro de atención, sino todo lo contrario, pero de que me hacía reír, lo hacía y mucho, hasta se me olvidaban las penas de mi difunto marido, pues para mí ya estaba muerto y enterrado. Ese dolor no se lo iba a perdonar en la vida, había sido un cobarde en mayúsculas.

Cuando llegué al Club me quedé observándolo todo maravillada, una joya a pie de mar, un lugar muy exclusivo, elegante y a la vez acogedor.

—¿Cuánto pagáis aquí los socios? —preguntó el cotilla de mi hermano.

—Pagan trescientos euros por persona, luego la bebida y comida es muy barata, pero reconozco que yo no pago, me hicieron la VIP PASS, porque uno de los dueños es el que me encargó el caso de la desaparición y puedo traer hasta tres personas, está muy bien.

—Ya ves, lo que yo te diga, tienes un morro... —reí.

—Y tú, que gracias a mi morro puedes estar aquí —me sacó la lengua.

Paramos en un bar de madera que había junto a la piscina, además de coger unas tumbonas que había junto al bar.

Mi hermano fue directo a la barra y apareció con tres cervezas y un paquete de patatas.

—Pronto empezamos... —me quejé riendo.

—¿Para qué vamos a perder el tiempo?

—Paco es como yo —contestó mi hermano—. ¿Para qué perderlo?

—En fin... —Cogí una patata y me eché hacia atrás para tumbarme con la cerveza en mano.

Paco me miraba fijamente y sonriendo, esperando que saliera una risa de mí, pero se reflejaba tras ese serio rostro con el que yo le miraba, hasta que rompí a carcajadas. No podía con él, la verdad es que no.

No habían pasado ni dos minutos y ya estaba mi hermano hablando con una chica que tomaba el sol en una de las tumbonas cercanas, con su hija pequeña. Le había hasta sacado que estaba divorciada y era de un pueblo cercano, en el siguiente capítulo los dos se darían sus números y al día siguiente estarían comiendo por ahí, como si no lo conociera, eso sí, dos encuentros y al tercero no llegaban. A él, no le duraban más de dos asaltos.

Paco se sentó en la otra tumbona mirando hacia mí, ya mi hermano estaba por otro lado en esa charla.

—Así que te han roto el corazón...

—Bueno, algo así —sonreí mirándolo, sabiendo que iba a empezar un interrogatorio, era muy predecible.

—¿Sabes que todo se cura?

—Obvio, nadie vive en un dolor constante por algo que le hicieron, por mucho amor que se sienta, o al menos, eso espero...

—A veces pasan cosas que hacen que el dolor sea más leve, como yo, que te saco mil sonrisas —se encogió de hombros con esa cara de pillín que tanto le gustaba poner.

—La verdad es que sí, mucho bien me está haciendo Portugal y vosotros —fruncí el labio y lo miré de modo interesante.

—Pues entonces merecieron la pena mis payasadas —dijo señalándome con la cerveza.

—¿Echas de menos Sevilla?

—Bueno, tampoco estoy mal aquí, tengo la playa, el clima lo llevo mejor pues corre más brisa, trabajo cómodo, es un cambio de aires, no está mal. No la echo mucho de menos o será porque no tengo una razón de peso para ir, o, mejor dicho, no la tenía —volteó los ojos haciendo la gracia.

—Ah, por mí no te preocupes si te refieres a eso...

—No mujer, por tu hermano, por tu hermano —asintió bromeando—. De todas formas, voy algún que otro fin de semana, ya sabes, a los padres hay que visitarlos o de lo contrario, se montan una guerra mundial en la cabeza.

—La verdad que en eso del cambio de aire tienes razón, ahora mismo yo estaría en la casa encerrada como un cadáver, esto me ha hecho mucho bien, aunque tendré que regresar, no sé si en una semana o dos, pero tendré que volver.

—O en tres, sin prisas mujer, tienes un mes de vacaciones por ley —me hizo un guiño, él sabía que el despacho era familiar y no tendría problema, pero el muy descarado no quería que yo me fuera.

—Claro, como si me quedo seis meses, ¿verdad?

—En mi casa tienes habitación.

—A ver si te piensas que en la de mi abuela tengo un trastero.

—Bueno, por si te aburrías...

—Qué pasa, ¿que en tu casa hay un parque de atracciones?

—Cuando me des un beso lo descubrirás...

—¿Yo? ¿Un beso a ti? ¿Qué te has fumado?

—Me lo darás, antes de que te vayas, me lo darás...

—No estés tan seguro... —reí nerviosa.

—Lo estoy, lo estoy.

—Eres un poco creído, ¿no? —resoplé volteando los ojos.

—Soy realista, no veas lo contentos que vamos a poner a los abuelos.

—¡Paco! ¡Grrr! —Apreté mis manos dándole a entender que no podía con él, mientras soltaba el aire por la boca.

—Venga, vamos a darnos un baño —extendió su mano.

—¿Vas a teledirigirme?

—¡Vamos! —Se levantó y me cogió en volandas, menos mal que había dejado la cerveza sobre la mesa, de lo contrario, hubiese ido con nosotros a la piscina.

Bajó por las amplias escaleras de hormigón conmigo en brazos, hasta la mitad de la cintura que ya me soltó.

—¿Sabes que te voy a matar? —le advertí.

—¿A besos?

—¡Tonto! —Le tiré agua al pecho.

—Te lo has buscado —vino hacia mí y me hizo una ahogadilla.

—¿Me vas a dar el día?

—Hasta que no me des mi merecido beso.

—No te voy a besar, hace dos días se fue a la mierda mi matrimonio. ¿Te crees que tengo ganas de hacerlo?

—Sí —soltó con descaro y afirmando lentamente con su cabeza mientras me miraba sin quitarme la vista.

—Vas apañado... —negué riendo, encima es que era gracioso y podía conmigo ese sentido suyo del humor.

Me apoye sobre el borde de la piscina reposando mi cabeza sobre mis brazos y él hizo lo mismo mirando hacia mí, no paraba, me la estaba dando mortal, pero es que... ¡Me sacaba una sonrisa tras otra!

Era un personaje, todo un personaje que alegraba mi día, esa era la realidad, en esos momentos donde me acordaba de Manolo y algún que otro suspiro se me escapaba ante esos recuerdos de una vida en la que yo era feliz, así me sentía al menos... Pero la decepción llegó cuando menos lo esperaba y es que me habían traicionado de la manera más inesperada y cruel con la que puedes engañar a una persona.

Y ahora tenía aquí a Paco, haciendo divertidas locuras y poniendo un toque de humor y color a estos momentos tan duros. Aunque era muy diferente a mí, debo de reconocer que me hacía todo más llevadero y fácil.

Pasamos la mañana a nuestra bola, mi hermano estaba con aquella chica y su hija charlando, tomando cervezas y con un tonto increíble, otra más a la colección, en fin...

Hasta la comida la hicimos Paco y yo a solas ya que él prefirió quedarse con aquella chica y su hija.

—Entonces esta noche vamos a ver una peli en mi casa y dormimos allí —me dijo mientras troceaba la carne.

—¡No! —solté una carcajada — No voy a ir a tu casa.

—¿Me tienes miedo? —Puso cara de angelito.

—Un poco, un poco —afirmé con la cabeza dándolo por sentado.

No tenía frenos, me tenía que reír, pero no dejaba de ingeniárselas para no separarse de mí, para conseguir ese beso que sabía que era lo que estaba buscando. Además, en muchos momentos del día se quedaba mirando mis labios fijamente y casi me ponía atacada de los nervios, me imponía mucho.

Por la tarde después de playa, piscina y momentos de lo más divertidos, le dijimos a mi hermano de volver y él dijo que se quedaba allí, que luego ella lo acercaba o se pillaba un taxi, así que lo dejamos en el club y nos volvimos para el pueblo.

Llegamos y mi abuela estaba sentada en la puerta con mi abuelo, con sus sillitas que habían sacado afuera, una estampa de lo más tierna y bonita.

Nos sentamos con ellos un rato y le contamos lo de mi hermano, los dos negaban riendo, ya lo conocían, las mujeres eran su perdición.

Paco sacó una botella de cristal con gazpacho que había hecho esa mañana y estaba bien fresquito, aquello tenía un sabor impresionante. Encima iba a saber cocinar y todo...

Mi abuela sacó un plato con empanadillas y ahí nos tiramos la cena, en plena calle, aunque no era transitada, era de lo más tranquila.

Mi abuelo comentó un montón de anécdotas que nos sacaron muchas carcajadas.

Me acosté esa noche y mi hermano aún no había llegado, pero bueno, sabíamos que lo mismo la

noche le confundiría y aparecería por la mañana.

CAPÍTULO 6

En la cocina estaban desayunando mis abuelos y Paco, que me miró sonriente.

—Le has cogido el gusto a desayunar aquí —sonreí.

—No, lo que hago es cuidaros, traje unos churros —sonrió.

—Qué ricos ¿Tenemos noticias de Leo?

—Sí hija, vino hace media hora, cogió ropa, se va hasta mañana con su amiga al club y a volver a dormir con ella —decía mi abuela riendo y volteando los ojos.

—Tu nieto tiene más éxito que yo —le dijo Paco a modo de indirecta y bromeando.

—Bueno, es una bala perdida en el amor.

—Yo soy muy centrado, pero ni por esas me hacen casos —miró hacia mí, que estaba moviendo el azúcar en el café.

—Lo de centrado es broma, ¿verdad? —pregunté mirándolo con una sonrisa de no creerme nada.

—Me miras con muy malos ojos...

—Con los que tengo —le saqué la lengua y mi abuelo sacó esa sonrisilla de hacerle gracia mi mueca—. Abuela, al final mi hermano te deja tirada la comida.

—Nosotros no —intervino Paco, que no se callaba ni bajo agua.

—Él se lo pierde, o no, debe estar pasándolo bien.

—Se debe estar poniendo las botas, mi hermano es un descarado —me encogí de hombros.

Terminamos de desayunar y salí con Paco a comprar a un supermercado, tenía que coger varias cosas y me pidió que le acompañara, así que fui con él y así mataba la mañana.

Era gracioso, descarado y un montón de cosas más, llevaba el carro de la compra con una mano y la otra me la echaba por el hombro, mira que me aparté veces, pero él, erre que erre en llevarme de esa manera como si fuera su novia o algo por el estilo. A cabezón e insistente no le ganaba nadie.

Cuando íbamos saliendo del súper, una chica se paró ante nosotros con más mala cara que si hubiera engullido varios pepinos caducados, era portuguesa ya que tal como habló se podía adivinar y yo entendía el idioma.

—Pronto te refugias con otra —soltó con cara de pocos amigos y en plan borde, cruzando sus brazos.

—Filipa, ¿te puedes apartar, por favor? —Le hizo señas para que se echara hacia un lado.

—Claro, pero déjame decirle a ella —señaló hacia mí y me miró —, que se lleva al mayor cerdo que pisó mi país.

—¡Suerte la mía! —exclamé sonriendo y ladeando la cabeza hacia un lado. Lo que me faltaba es que ahora una desconocida fuera a darme lecciones de mi vida y menos opinar lo que tengo o no.

—Filipa, si nos permites... —Nos hicimos a un lado y continuamos hacia el coche.

—Cuéntame... —reí mientras me abrochaba el cinturón de seguridad.

—La conocía del club, un fin de semana me lie con ella y luego se pasó una semana poniéndome mensajes para volver a quedar, de tal y cual, de que le gustaba demasiado y corté por lo sano, desde entonces cuando me la cruzo me suelta una de las tuyas.

—Otro como Leo —reí.

—No, yo soy muy enamorado y cuando lo hago soy lo más fiel del mundo, pero aquello fue un tonto de una noche, no la veía como una mujer para compartir más tiempo de mi vida.

—Ya... Bueno, tampoco es mi asunto.

—A ti te cuidaré toda mi vida...

—¡Calla! —reí—. Conmigo no tienes nada y dudo que lo tengas en algún momento.

—Eso dices de boca hacia afuera, me costará, pero lo conseguiré.

El tema se quedó ahí, ese día comimos en casa de mi abuela, pasamos la tarde en la playa y por la noche cenamos en un restaurante italiano unas pizzas, su compañía me hacía mucho bien, para qué voy a mentir.

Cada mañana aparecía por casa de mi abuela con algo para desayunar, mi hermano regresó a la mañana siguiente dejando ya zanjado el lío con esa chica, eso ya lo sabía yo.

Los siguientes días nos dimos los tres un lote de playa impresionante, así durante la primera semana de mi estancia allí en la que, día a día, Paco se las ingeniaba para impresionarme de alguna manera. La verdad es que era muy persuasivo.

Eso sí, desayunaba con nosotros y se iba toda la mañana a trabajar, luego a la hora de la comida aparecía para unirse a nosotros en la playa.

CAPÍTULO 7

Dieron dos golpes en la puerta mientras desayunábamos esa mañana en la que Paco no apareció, ya que tuvo que irse a la ciudad por un asunto de la investigación.

Mi abuela salió y sus gritos de emoción me hicieron presagiar lo que pronto confirmaría, mis padres habían aparecido por sorpresa...

Mi madre me abrazó como si hiciera un año que no me viera, con el dolor de una madre que sabía lo que le había pasado a su hija, mi padre también lo hizo y me agarró la cara.

—Ya me firmó la demanda de divorcio y lo ratificaremos cuando nos llamen del juzgado —me hizo un guiño.

—Gracias, papá —sonreí.

—¿Qué tal lo llevas?

—Bueno, entre Leo, que ya sabes cómo es, los abuelos que se desviven y el vecino que ya lo conocerás, no me ha dado tiempo a aburrirme ni a pensar mucho.

—Me alegro hija —besó mi mejilla y entró a la cocina.

Aunque habían parado por el camino a desayunar, mi abuela no tardó en ponerles otro desayuno, habían salido muy temprano de Sevilla para estar pronto aquí y se iban a quedar unos días.

Tras el desayuno salí con mi madre a un mercado a hacer unas compras que ella quería, era muy especial y no podía faltar en la cocina mucho de los productos que ella usaba.

—Hija, Manolo me decepcionó mucho, no quiero imaginar lo que a ti —decía acariciando mi mano que llevaba entrelazada a su brazo.

—No me lo creo aún, pero bueno, muchas veces a las personas creemos conocerlas y ya ves...

—Me alegro de que tu hermano tomara la decisión de traerte junto a los abuelos.

—Y ya encima con el vecino, mamá, no te imaginas cómo es.

—Yo lo conozco de vista, de hace poco cuando vino que lo saludé un par de veces.

—Sí, me lo dijo.

—Y qué pasa, ¿qué es muy gracioso?

—Mamá, más que gracioso, es un personaje, pero es muy buena persona.

—¿Y te hizo tilín?

—Bueno, estoy muy tocada con lo de Manolo, pero debo reconocer que algo me hace, al menos me saca sonrisas, algo que no pensé que salieran con tanta rapidez.

—Quédate aquí el tiempo que necesites, sabes que ahora en verano todo está más parado y no pasa nada por el trabajo, pero esto te está haciendo bien.

—Mucho bien, me hace mucho bien, pero no sé, ya veré si vuelvo con vosotros o qué hago.

—No pienses tanto y disfruta, ahora es cuando debes de aprovechar para desconectar y mejor que aquí, en ningún sitio —decía mientras esperábamos turno en la frutería del mercado.

—¿Sabes? Paco vuelve en seis meses a Sevilla y eso me hace mucha ilusión —me sinceré con

mi madre, a ella le contaba absolutamente todo.

—Pues yo me alegro mucho, cielo.

—Ya lo verás luego, en cuanto regrese de hacer las gestiones laborales, lo primero que hace es colarse en casa de los abuelos —sonreí.

Mi madre tenía un don y ese era el de la paz que me hacía sentir, además del apoyo tan grande que era en mi vida, era esa amiga que todos deseamos tener, esa madre paciente, comprensiva, cariñosa... Mi familia era la joya más preciada sin duda.

Después de unas compras y de tomarnos una cervecita en una terraza, volvimos a la casa y allí ya estaba Paco charlando con mi padre, mi hermano y el abuelo. Se levantó precipitadamente para saludar a mi madre con una amplia sonrisa y como si la conociera de toda la vida, era un adorable descarado.

Mi abuela preparó para comer una paella que tenía una pinta deliciosa. La cocina de mi abuela era muy grande y con una mesa de madera impresionante en la que cabían doce personas cómodamente, así que comimos ahí mientras mi hermano y Paco no paraban de bromear, no sabía quién era peor de los dos.

Tras la comida mi madre dijo que quería descansar, así que nos fuimos a la playa Leo, Paco, mi padre y yo, eso sí, a un chiringuito, si los chicos tenían marcha... ¡Mi padre no se quedaba atrás!

Así que comenzamos las rondas de cervezas y Paco no paraba de bromear diciendo que haber si terminaba el divorcio rápido, que él y yo estábamos esperando para poder casarnos.

—No corras tú tanto... —respondió Leo riendo.

—Mira con su ex no corrió y salió mal, lo mismo conmigo corre y duramos toda la vida —sonrió levantando la caña.

—¡Ay, Dios!, que no estoy aún preparado para esto —dijo mi padre dando un buen trago de su cerveza.

—Paco, nos callamos un poquito, ¿eh? —protesté.

—Está bien mi amor, yo, a tus órdenes.

—¡No puedo contigo...! —solté una carcajada y mi padre por poco se atraganta con la cerveza.

Mi padre era un tipo muy resultón, atractivo, guapo, era joven aún, apenas tenía cincuenta años, así que le gustaba una juerga más que a un niño un caramelo.

No me lo podía creer... Filipa, la de días atrás en la puerta del supermercado aparecía por el chiringuito.

—Verás que la ahogo —dijo Paco, resoplando cuando la vio.

Mi padre nos miró sin entender nada, al igual que mi hermano y ella venía avanzando hacia el chiringuito donde estábamos nosotros apoyado en la barra.

—¡Hombre!, el putón español —dijo en portugués y tanto mi padre, como mi hermano miraron a Paco.

—Hija, deja ya de seguir con el cuento, si no te quiere, no te quiere —respondí yo, un poco harta de esa chica.

—No me quiere, pero a ti tampoco —hizo un guiño, me tiró un beso y continuó hacia el otro lado de la barra.

—¡Ya quisieras, amargada! —le gritó Paco enfurecido por lo que me había dicho.

Paco les contó lo mismo que a mí, a mi padre y hermano que no paraban de reír, en el fondo era para eso, la Filipa de los huevos más pesada y no nacía, era como un grano en el culo de Paco, que no paraba de resoplar por la tonta de ella.

Filipa estaba charlando con dos amigas en el otro extremo de la barra y nosotros, bueno,

pasando de ella, pero es que no dejaba de mirarnos y hacer gestos con su cara hacia Paco, hablaba de él, estaba claro, pero es que era un poco pesada, por no decir muy mucho.

Paco me echó la mano por el hombro y besó mi mejilla.

—Disimula como si nos amaramos un poco más de lo que ya lo hacemos —murmuró de tal forma que lo pudieron escuchar Leo y nuestro padre, no tardaron en echarse a reír y no me quedó otra que negar resignada.

Nos fuimos a dar un baño y Paco no me soltaba, en el fondo ya me iba gustando eso de que me tocara sutilmente y poder sentirlo de cerca. Debía reconocer que me estaba haciendo caer a sus pies.

—Esta noche te vas a venir a mi casa a dormir —me dijo en voz baja.

—¿Qué dices? Anda, calla... —Levanté mi mano en tono amenazante, pero bromeando.

—No, de que te vienes, te vienes —me hizo un guiño.

—Ni de broma, te lo digo en serio —reí.

—Ya lo veremos... —Me hizo una ahogadilla.

—¡Para! —resoplé riendo.

Volvimos hacia el chiringuito un rato después, nos tomamos una cerveza y nos fuimos hacia la casa, esa noche íbamos a cenar todos en el patio interior de mi abuela, un surtido de pescado frito que compró mi madre en el mercado por la mañana.

Paco fue a ducharse al igual que nosotros, pero al rato ya estaba allí con su cara de felicidad y un gorro de paja.

—Hijo, ese gorro es para las mañanas, el sol, ya sabes... —reí.

—No, esto es para que veas lo bien que me queda. Por cierto... —Se acercó a mi oído—. Hoy duermes en mi casa.

—Ni de broma —reí.

—¿Y si te digo que mañana nos levantamos temprano y te voy a llevar a un sitio que no te esperas a pasar el día?

—Eso pinta mejor, pero no me quedo en tu casa.

—No pasará nada. ¿No confías en mí? No te voy a hacer nada, ¿eh? A menos que tú quieras, eso ya es otro tema —revoleó los ojos y me causó una risa.

La cena me la dio, sin duda que me la dio, me chantajeó de mil maneras y al final acepté, así que preparé una bolsa para salir temprano con él hacia no sabía dónde, pero me animaba la idea.

Mis padres lo vieron genial, eso de que me fuera por ahí y despejara la mente era algo que les ponía muy felices.

Entré a su casa y señalé al sofá.

—Ahí duermo yo —sonreí.

—Y yo, cabemos los dos.

—¡No empieces! —reí.

—A ver, hija, nos vamos a mi cama que es de matrimonio y extragrande, no va a pasar nada, eso sí, yo a tu disposición las veinticuatro horas —extendió sus manos con las palmas abiertas.

—Paco, no tienes tu guasa ni ná... —reí.

Y terminé durmiendo en su cama, eso sí, él en una esquina y yo en la otra, hasta los cojines del sofá puse en medio para que nadie rodara en la oscuridad de la noche. Me tuve que reír al hacerlo mientras el volteaba los ojos negando, sonriendo.

CAPÍTULO 8

Notaba cómo tocaba mi cabello mientras yo intentaba abrir los ojos, pero aún no podía, así que aparentaba estar completamente dormida, encantada de esas caricias robadas sobre mi cabeza que pudieron durar como cinco minutos, hasta que ya hice la que volvía a la vida.

—Buenos días, Paco —sonreí con su mano sobre mi cabello.

—Buenos días, princesa —murmuró mirándome por encima de todos los cojines que nos separaban y su mano que jugueteaba apoyada sobre ellos—. ¿Qué tal has dormido?

—Es cómoda la cama...

—¿Me vas a dar un abrazo de buenos días?

—Confórmate con mi presencia —sonreí.

—¿Uno chiquitito? —Extendía sus dos manos para que me echara sobre él.

—Eres un coñazo de primera —me acerqué riendo y lo abracé sobre aquella cama que me la imaginaba siendo el lugar donde nos dejáramos llevar por lo que los dos deseábamos, esa era la realidad, pero aún era muy pronto, no estaba preparada por mucho que lo imaginara, el palo de Manolo había dejado mi corazón arrugado como una pasa.

El abrazo me transmitió tantas cosas que no hice ningún intento de separarme, por lo que así estuvimos un buen rato mientras él besaba mi hombro y me apretaba con fuerza.

No, no nos dimos un beso, pero nos faltó el canto de un duro para hacerlo, había algo ahí que nos estaba dejando los sentimientos a flor de piel.

Me separé porque estaba viendo venir que nos podíamos quedar así todo el día, así que nos levantamos y fuimos a su cocina a desayunar.

Mientras yo me tomaba el café, él comenzó a empanar filetes y a freírlos a la vez que hacía una tortilla de patatas con cebolla y unos pimientos fritos, que luego fue metiendo en unos envases con las medidas perfectas, eso sí, Paco era meticuloso y le gustaba tener todo muy bien organizado. También hizo en el último momento un gazpacho que metió en la nevera con la bebida, al chico no le faltaba detalle. Desde luego era muy apañado.

No me dejó ayudarlo en nada, pero en nada y mira que intenté levantarme veces, pero él me volvía a obligar a sentar y me ponía más café además de pan.

Lo puso todo en una cesta de mimbre y cogió de la nevera refrescos bien fríos, así como cervezas que metió en una bolsa de playa tipo nevera con hielo, de forma que ya tenía todo listo y nos fuimos hacia su coche.

Después de un rato de coche me di cuenta de que iba hacia el interior de Tavira y pronto descubrí que íbamos a “Pego do inferno”. Había estado con mis padres muchos años atrás, aquello era un precioso paraíso con un estanque natural de aguas cristalinas para bañarse y una cascada con una caída de unos tres metros.

El entorno era idílico, en medio de la naturaleza. Nos cogimos una mesa de picnic y pusimos nuestras cosas, luego, al agua, aquello invitaba a meterse a gritos.

Me impresionó mucho que conforme te acercabas a la cascada el agua parecía más caliente y debajo de la caída era como si estuvieras bajo tu ducha, era extraña la sensación, pero de lo más placentera.

Paco me tenía de los nervios, se ponía bajo agua a jugar a los peces y morder mis piernas. ¡Madre mía que este chaval se había quedado estancado en los siete años!

—Esta noche te vas a quedar conmigo —decía jugueteando con sus dedos sobre mi brazo.

—Al final cojo las maletas y me voy a tu casa —bromeé.

—Eso era lo que te quería decir —reía señalándome con su dedo y mordiendo mi brazo.

—¡Qué pesado!

—La próxima vez te muerdo la nuez —advirtió aguantando la risa.

—Te llevas una hostia, avisado quedas.

—No me pegarías y lo sabes.

—Ponme a prueba, guapetón —le advertí riendo.

En ese momento me entró un mensaje al móvil y la cara se me cambió al ver que se trataba de Manolo.

“Martina, me gustaría hablar contigo ¿Te puedo llamar?”

Se lo enseñé a Paco.

—Ese tío es tonto, dile que lo que tenga que decirte, lo hable con tu abogado, o sea, con mi suegro —sonrió.

Y sí, era buena idea, por ahí le iba a entrar, además... ¿Qué me tenía que decir a mí ese hombre?

“Manolo, te agradecería que cualquier cosa que tengas que decir lo hagas a través de mi padre, nosotros no tenemos nada más que hablar”

Se lo enseñé y como un niño chico me hizo chocar su mano contra la mía. Lo que yo decía, se había quedado en la perpetua niñez.

Volvió a entrar otro mensaje...

“Tu padre no puede arreglar lo que yo estropeé entre nosotros...”

¿Arreglar? Se lía con su compañera, la deja embarazada, me deja diciendo que se había enamorado de ella y, ¿lo quería arreglar? Resoplé mientras Paco miraba la pantalla y negaba.

—¿Me dejas contestarle con un audio?

—¡Paco! —reí.

—Por favor... —Me pidió el móvil y yo, que a estas alturas lo que menos le debía era lealtad a Manolo, pues se lo di.

Pulsó para grabar el mensaje de voz y yo apreté los dientes.

—Hola Manolo, un placer saludarte —dijo como si lo conociera de toda la vida—. Verás, quería pedirte una cosita así rapidita, que no es mi intención hacerte perder mucho el tiempo. Me gustaría transmitirte que no es plato de buen gusto que andes molestando a mi novia, sí, a mi novia, así que te rogaría que, ya que estamos felizmente de vacaciones, nos molestes lo menos posible. Un saludo, amigo, feliz día.

Me tuve que echar a reír, no me podía imaginar la cara del otro escuchando esa voz irónica de Paco, eso iba a ser como un jarro de agua fría y bien merecido.

No tardó en responder y con un audio también, así que le di al *Play* y a escuchar lo que tenía que decir...

—Mira, no sé cómo te llamas, pero esa a la que llamas “tu novia”, aún es mi mujer. ¿Entendido? Así que tú calladito, que aquí eres un cero a la izquierda.

Paco me miró riendo y me pidió el móvil, dudé si dárselo, ya que no tenía ganas de problemas, pero al final se lo di.

—Calma hombre, que se te puede ver la vena del cuello a distancia. Por cierto, una pregunta... —Se hizo un silencio—. ¿También era tu mujer cuando te follabas a otra y la dejabas embarazada? Es solo por curiosidad, nada personal, que quede claro.

A ironía nadie ganaba a Paco, yo pensaba que iba a contestar, pero no, no lo hizo cosa que me alegró, lo que menos deseaba en ese momento era entrar en una disputa, no lo hice ni cuando me abandonó y no lo iba a hacer ahora.

Pasamos de él y disfrutamos del entorno, de nosotros, de la exquisita comida dominguera como yo le llamaba y que él había hecho, además de esos baños tan refrescantes y divertidos que disfrutaba junto a Paco.

Estuvimos ahí hasta las siete de la tarde que ya cansados del día volvimos hacia el pueblo, eso sí, se puso a dar vueltas a diez kilómetros diciendo que hasta que no le prometiera que dormiría con él esa noche, no regresábamos.

Y accedí pues era imposible negociar con él, era un cabezón, pero eso me encantaba.

Él entró a su casa y yo a la de mis abuelos, mi padre y hermano estaban en el patio trasero, mi abuela y mi madre en la cocina y mi abuelo en el salón. Hice una ronda de saludos, respondí a cada interrogatorio, me duché y me fui a casa de Paco, ya mi familia era consciente de que estaba de lo más entretenida a su lado y que en esos momentos lo que necesitaba, sobre todo, era desconectar.

A mi padre le conté lo sucedido con los mensajes y me dijo que lo dejara en sus manos que no me molestaría más. Lo cierto es que no tenía que hacerlo, no sé para qué quería hablarme ahora, si le iba bien, yo que me alegraba, pero si le iba mal, que se jodiera, así de simple, él se lo había buscado.

Entré en casa de Paco que me abrió con una sonrisilla como de haber tramado algo y con un gorro mexicano sobre su cabeza que me hizo soltar una carcajada, arqueé mi ceja y entré hasta la cocina donde olía que alimentaba, estaba haciendo comida mexicana, mi perdición. Este hombre parecía que tenía un manual para saber conquistarme.

Me dio una lata de refresco bien fría y me dijo que me sentara, mi ayuda parecía que la evitaba a toda costa, pues no había manera de echarle una mano.

Preparó la mesa hasta con un mantel en tonos vivos como era característico en México, no le faltó detalle de la temática en la que había preparado aquella bonita cena.

Puso hasta de fondo música de mariachis, cuando estaba todo en la mesa, no había momento en el que no me sorprendiera con sus cosas, no podía dejar de reír a su lado.

—Fíjate, llevaba toda mi vida buscándote en sueños y resulta que eras la nieta de Telma.

—Paco, no empieces... —Volteé los ojos riendo.

—¿Estamos de acuerdo en que los dos juntos estamos a gusto? —preguntó en un tono que se me cayó el alma a los pies, tenía toda la razón.

—Digamos que sí —hice un ronroneo con mi garganta.

—Entonces... ¿Por qué no libras esa batalla que tienes en tu cabeza y te dejas llevar? No estás haciendo nada malo y no le debes luto a nadie, ese muerto se buscó su hoyo y tú lo respetaste hasta el final ¿Aún piensas que si haces algo estás fallando a alguien?

—Ya, tienes razón, pero es un duelo en mi cabeza, no solo por él, es porque hace dos días como quién dice me quedé sola y es como tirarme de nuevo a un precipicio sin haberme encontrado aún.

—Yo te encontré ¡Te aguantas! —Me hizo un guiño y acto seguido acarició mi mano por encima de la mesa sin dejar de mirarme, con ganas de buscar la aceptación en mi mirada.

—Necesito tiempo para quitar este extraño complejo de culpabilidad que tengo con cualquier cosa que hago.

—Vives aferrada a ese matrimonio, Martina.

—Sí, tienes razón, pero es inevitable tener esa sensación.

—Pues yo haré que se te quite rápido, pero no me puedes poner más trabas.

—¿Serás descarado?, pero si te has apropiado de mí desde que me viste.

—Bueno, pero quiero ser un poquito más importante en un rincón de tu corazón.

—Vaya, ahora me saliste romántico —reí mientras sujetaba el taco de pollo que estaba para hacerle una ola.

—Lo soy, es que tú solo me ves el lado payaso, pero soy un divertido romántico que cayó derretido ante ti.

—¡Paco! —Me estaba sacando los colores.

—Hoy no hay separación con almohadas, avisada queda usted, señorita.

—Bueno, eso lo decido yo, a mí no te me pongas en plan jefe.

—Si fuera tu jefe, te tendría trabajando las veinticuatro horas a mi lado.

—¡Qué cara tienes, chaval! —se me escapó otra de las tantas carcajadas.

Tras la cena nos fuimos un rato a la puerta a fumar un cigarrillo, nos pusimos a charlar con mi madre y mi abuela que estaban sentadas allí charlando y tomando el aire.

A mi madre se le notaba que Paco le caía muy bien, es más, organizaron lo que comeríamos al día siguiente en casa de la abuela, como Paco llamaba a la mía, ya se la hizo suya.

Mi madre comentaba que mi abuela paterna, que era viuda desde hacía muchos años, estaba un poco peor, tenía diabetes, era mayor y vivía con un hermano de mi padre, pero se le notaba que había dado un bajón impresionante, yo también se lo había notado la última vez que fui a verla. La verdad es que había decaído mucho y eso, por lo visto, tenía a mi padre en un sinvivir y estaban pensando ir de Portugal a Gijón para verla, cosa que me parecía una idea perfecta.

Estuvimos charlando hasta la una de la madrugada y ya nos despedimos hasta el día siguiente.

Paco no permitió poner nada entre medio de nosotros, es más, me agarró por la nuca y me hizo que me echara sobre él; así me quedé dormida, con su mano acariciando mi cabello y sintiendo esa sensación tan plácida que me producía.

CAPÍTULO 9

Noté un poco de humedad entre mi boca y su...

—¡Mierda! —exclamé al ver que estaba sobre su hombro y mi baba caía a sus anchas —
¡Perdón!

—Tranquila, algún día me las comeré —soltó en plan descarado como era normal en él.

—Calla, me muero de la vergüenza —me levanté tan corriendo que no le dio tiempo a pararme y traje un poco de papel de baño y le limpié el hombro.

—¿Piensas que me da asco?

—Pienso que es una asquerosidad lo que te hice —me reí.

—Dame un beso en los labios o no te perdono el que me hayas quitado las que ya eran mis babas.

—Paco, no, te lo advierto —reí—. Levanta que tengo ganas de desayunar.

—No, vienes y me das un beso —decía ahí tirado tan campante sin un ápice de intención de levantarse hasta que no se lo diera.

—En la cara —le advertí con el dedo y se encogió de hombros.

Me acerqué con cuidado porque no me fiaba de él ni un pelo y a la vista estaba que cuando fui a dárselo en la cara se giró rápidamente y cayó sobre sus labios.

Me eché corriendo hacia atrás riendo por haber caído como una tontuela a pesar de saber cómo era.

—¿Te moriste o algo por el estilo? —preguntó con esa sonrisita mientras se levantaba.

—No, pero me podría haber muerto —resoplé girándome hacia el baño para lavarme la cara y los dientes.

—Te espero en la cocina, ahora vas y me lo das sin robo.

—No, ya con el que te quedaste por la cara tienes bastante.

Escuché cómo se metía en el baño del pasillo y yo entré al de la habitación riendo. Joder, pero es que era tonta, en vez de disfrutar de sus besos y de todo lo que me aportaba, actuaba como una niña pequeña y con miedo a ¿qué? Ya no tenía compromiso y no era yo la que había fallado a nadie, pero es que encima me sentía mal, sentía una sensación de lo más fea y dañina hacia mi propia persona.

Salí a la cocina, Paco estaba encendiendo la cafetera y la tostadora, me miró sonriente y me sacó los morros a modo de pedir otro besito.

¿Qué hice? Me fui para él y se lo di, luego me separé corriendo.

—¿Feliz? —pregunté sentándome en la silla.

—Bueno yo sí, pero tú no mucho, ya que veo que corriste como si estuviera apeestado ¡Qué barbaridad!

—No me seas exagerado y da gracias al universo porque te diera un beso por propia voluntad —hice una mueca.

—De eso nada, que te tuve que poner mis morritos y todo para que los besases.

—Venga, no me rayes que te conozco, que al final vas a querer terminar hasta dándonos un revolcón —reí negando.

—Pues claro, qué mínimo encima que te tengo recogida en mi casa —dijo mientras ponía mi café sobre la mesa y me hacía un guiño.

—¿Recogida? ¿Serás...?

—Lo que tú quieras soy —otro guiño mientras terminaba de poner el desayuno sobre la mesa.

—Pues esta noche no duermo aquí, luego no me vengas con chantajes emocionales ni ese tipo de cosas.

—Esta noche vamos a hacer el amor —dijo sentándose con esa sonrisa descarada.

—Yo con extraños no hago el amor, solo sexo —sonreí bromeando.

—Mira ella, al final resulta que va a salir una leona de ese cuerpecito —afirmaba lentamente.

—Paco, no me des el desayuno que me levanto y me voy a casa...

—¿De nuestros abuelos?

—No son tus abuelos —reí.

—Ya lo veremos, lo son políticos.

—Políticos... —me reí—. Políticos los que llevan el país —le saqué la lengua.

Me miró como diciendo que no me iba a contestar, de lo contrario me daría para el pelo, pero él es que sin hablar lo decía todo, tenía una enorme capacidad para expresar con la cara lo que no podía con sus palabras.

Tras el desayuno Paco preparó salmorejo y lo llevamos para casa de mis abuelos donde nos recibió mi hermano entre aplausos, otro que tenía dos collejas bien dadas.

—Leo, no busques a tu hermana —le regañó mi padre riendo.

—Encima que la aplaudo —dijo bromeando.

—Como si no te viéramos las intenciones —respondió mi abuela con gestos de riña.

La buena mujer hizo unas costillas guisadas con patatas que estaban de muerte, estuvimos comiendo y charlando mientras escuchábamos anécdotas de unos y de otros. Mi hermano claro, contando de los dos, él no podía hablar por sí solo, me tenía que meter en el ajo el muy descarado.

Un chupito de orujo que nos tomamos después de comer, bueno, mejor unos cuantos, fue el detonante para que se nos terminara de soltar la boca a todos... Mi padre se reía mucho con todas las burradas que soltaba Paco por la boca, quien estaba en su salsa, en familia, como él decía.

—No nos echés más, abuelo, que aquí quien más y quien menos nos conocemos y al final nos vamos a tener que acostar esta tarde —le dijo Leo en un alarde de formalidad que me hizo gracia.

—Hermanito, mira que si al final hacemos de ti una persona de provecho... —le busqué un poco la lengua.

—Pues lo más provechoso que se me ocurre es que tú y yo nos larguemos a la playa a la voz del ya...

—¿Tú y yo? Cuñado, qué mal me quieres... no creo que se os ocurra dar ni un paso sin mí.

—Pues por supuesto que no, Paquito, perdona, ha debido ser el orujo, que me ha nublado el sentido...

—Venga, pues que no vuelva a suceder, cojamos los bártulos y ya estamos en marcha —dijo en un tono tal que cualquiera le llevaba la contraria.

—Pero es que a mí me está entrando mucho sueño con el orujo, yo creo que quiero dormir un poco —suspiré.

—Ya te dejo yo mi hombro como almohada de playa, criatura... danzando.

Sin tiempo para reflexionar, nos pusimos la ropa de playa y ya estábamos los tres cantando eso de “*quiero rayos de sol, tumbados en la arena...*” y Paco ponía especial énfasis en el “*mamita loca, cosita linda...*”

—Cosita linda, ¿tú y yo vamos a hacer el amor esta noche? —me decía, todavía un poco trastocado por los chupitos...

—Y dale Perico al torno, ¿pues no te he contestado ya? —reía.

—Sí, pero es que tus respuestas no me convencen nada, estoy esperando a que me des la buena...

—¿La buena? La buena tunda te voy a dar yo a ti, ponme un poco de crema en la espalda, que mi hermano ya tiene otro objetivo a la vista, por lo que veo.

—Ya ves, hermanita, cómo para no, ¿has visto esas dos gemelas macizorras de la orilla?

—¿Qué gemelas, Leo? Que yo no veo nada.

—Las del trikini negro, anda que no saltan a la vista ni nada.

—Muy bien, campeón, si no fuera porque es una sola todo fenomenal, ¿tú cuántos chupitos te has bebido, que ya ves doble?

—Yo es que he pensado que, para dejar un culillo en la botella, como que lo aprovechaba.

—Ese es tu problema, hermanito, que te pierden los culos —reí.

—Y a mí me pierde tu culo —añadió Paco, que no daba puntada sin hilo.

—Pero ¿a ti quién te dio vela en este entierro? —le pregunté, sin parar de negar con la cabeza.

—Yo solito, yo solito, que tengo enchufe, que de pequeño era monaguillo en Triana.

—¿Tú monaguillo? Desde luego que habría que verte —resoplé.

—Sí, sí, monaguillo, que yo era un niño muy bueno, a ver si te crees que era el Damian ese de la película de “La Profecía”, que da un viruji el jodido niño que no es normal —soltó y tuvimos que reírnos, cómo no.

Leo se quedó dormido, pues decía que había intentado ir hacia la chavala de la orilla, pero que tenía la boca como si se hubiese metido tres polvorones a la vez en ella y luego hubiera intentado decir “Zaragoza”, otro caso, Leito.

—Mira, mira, que le va a picar un bicho a tu hermano —dijo Paco una vez que Leo se quedó dormido.

—Un bicho, ¿dónde? —me comía yo al bicho si hacía falta, pero a mi hermano no le picaba nadie.

—Aquí, aquí —me di la vuelta hacia donde estaba Leo y nuevo beso robado que te crio...

—¿Tú cuánta cara tienes? —reí, pensando en que tenía más que espalda, eso seguro.

El resto de la tarde pasó sin mayores sobresaltos, con Leo dormido como una marmota y Paco y yo dando cabezadas...

—Chiquillo, que no me dejas ni a sol ni a sombra —reía yo cada vez que abría un ojo y lo veía agarrándome como un pulpo.

—Es que hay mucho sinvergüenza suelto y yo tengo que protegerte, corazón, tú deja a Paco que él controla —me guiñaba el ojo y yo, qué remedio, le dejaba hacer...

CAPÍTULO 10

Llegamos a casa de mis abuelos ya recuperados de la media cogorcilla que habíamos pillado al mediodía (y mi hermano de la cogorza entera), y vimos el semblante preocupado de nuestro padre.

—La abuela no mejora, hijos, vuestra madre y yo nos marcharemos mañana para Gijón pues, si le sucediera algo, no me perdonaría el no haber ido a verla...

—Por supuesto, papá, yo os acompaño —dijo, Leo, que menos mal que ya estaba espabilado.

—Y a mí tampoco me dejáis en tierra, que la abuela Catalina es otra de mis personas preferidas, eso por supuesto.

—¿Y me recibirá bien a mí también? —preguntó Paco y reconozco que, en ese momento, casi me derrito.

—Paco, por supuesto que serías bienvenido, pero no es una visita de placer, igualmente te lo agradezco, lo que pasa es que igual no es un buen trago —le respondí.

—¿Y qué pasa? ¿Crees que Paco solo está para salir de fiesta? Si tú me lo permites y el resto de tu familia también, os acompañaré encantado.

Lo miré y miré a mis padres y hermano, todos asintieron de buen grado, por lo que se vendría con nosotros. Quedamos en que saldríamos al día siguiente temprano, y Paco y yo nos despedimos de mis familiares hasta ese momento.

—Te prometo no darte lata esta noche, por si estás preocupadilla por lo de tu abuela —me dijo tan pronto entramos por la puerta de su casa.

—Desgraciadamente, a mi abuela no puedo hacerle nada estando aquí —lo abracé y deposité un sentido beso en sus labios.

Ese último gesto de Paco, el de acompañarnos a Gijón, bien me demostrada que él no quería solo un rollito sexual conmigo, sino que buscaba implicarse en mi vida. Y eso no había hecho sino acelerar mis ganas de hacer realidad aquello con lo que tanto fantaseaba y sobre lo que cada vez me sentía menos culpable; hacer el amor con él.

Reconozco que fue de lo más elegante y dejó que fueran mis ojos los que terminaran de confirmarle aquello que tanta ilusión le hacía, que uniéramos nuestros cuerpos, de la misma forma que, de alguna manera, ya empezaban a unirse nuestras almas.

Pese a estarlo deseándolo como lo estaba, no podía evitar que el rubor encendiera mis mejillas... saber que había llegado el momento de entregarme a Paco me provocaba una intensa sensación en el estómago; perfecta mezcla de nervios y de excitación.

—¿Estás bien, preciosa? —me preguntaba mientras con la yema de sus dedos comenzaba a recorrer mis brazos con el objetivo de subirlos para liberarme del top que llevaba puesto.

—Lo estoy —le sonreí con las mejillas a punto de echar fuego...

No, no quería parecer una pardilla; pero tampoco podía ni sabía disimular lo que sentía... Estaba segura de que tener a Paco en el interior de mis entrañas era lo que quería en ese momento... Era solo que Paco iba a ser el primero después de Manolo... Y antes de Manolo no

hubo ningún otro, por tanto, a eso se reducía toda mi experiencia con los hombres.

Expulsé lentamente el aire con la intención de poder gestionar convenientemente su entrada en mis pulmones y me concentré en ese cuerpo hercúleo que tenía delante de mí. Sonreí para mis adentros pensando que estaba en desventaja y que su camiseta tenía que estar fuera ya... Pero como no pudiera sacársela con rayos equis mal íbamos, porque mis brazos seguían en alto...

En honor a la verdad, nunca había sentido esos miles de pequeñas descargas eléctricas que parecían proceder de cada uno de los poros de mi piel...

Pensé en todas aquellas novelas románticas que había leído a lo largo de los años y en cómo sus protagonistas les decían a sus chicos cosas como “te quiero dentro ya”, algo que para mí era jugar en otra liga... Quizás algún día yo también lo haría, pero no era el momento, ahora prefería dejarme llevar por las experimentadas manos de un Paco que bien podría haber nacido para guiarme por la senda del placer.

Una vez me dejó solo con el sujetador, batalló un poco con su broche para liberar unos senos que parecían mirar directamente a su lengua... Y su lengua también debió sentirse inmediatamente atraída por ellos, porque no dudó en recorrerlos, con calidez y humedad, dibujando el surco de la aureola y haciendo que las aludidas pequeñas descargas se concentraran también en aquella sensible zona.

¿Sensible había dicho? Sí, mucho y no supe cuánto hasta ese día, pero es que dicen que las comparaciones son odiosas y yo estaba empezando a comprobarlo...

No es que en el pasado hubiera estado a disgusto con el sexo, pero ahora me daba cuenta de que había niveles... Y Manolo no estaba en los superiores precisamente. Un detalle que me lo indicaba es que él solía dar un rápido repaso a mis senos que apenas servía para endurecer unos pezones que clamaban por seguir sintiéndolo... Y Paco sí parecía escuchar convenientemente ese clamor, endureciendo a aquellos pequeñines hasta límites para mí insospechados.

Como si de un soplo de aire caliente se tratase, mis gemidos parecieron acalorarlo y fue entonces cuando dijo adiós a su camiseta, exhibiendo ante mí ante aquel torso definido con el que más de una vez había soñado en la cama... y fuera de ella.

Sin aliento, así me estaban dejando sus caricias bucales, que no dudó en seguir prodigándome por el vientre, recorriendo lentamente mi línea alba para quitar el botón de la cinturilla de mi falda, que vi volar por los aires a continuación.

La poca tela que separaba mi monte de Venus de sus dedos dejó de ser un obstáculo cuando, con delicadeza, me libró también de aquella fina braga de encaje negra... Fue entonces cuando reparé en que lo abultado de su entrepierna avisaba de que su miembro estaba a punto de estallar en el interior de unos jeans que se le habían quedado estrechos...

Casi instintivamente estuve por cubrir mi pubis cuando él se retiró para mandar sus pantalones a paseo, pero el ruego que detecté en su mirada me hizo pararme en seco; Paco me estaba indicando que verme desnuda era un espectáculo y no quería privarle de tal placer.

La visión de su hinchado miembro me dejó un tanto anonadada, y es que no quise caer en la vulgar comparativa de los tamaños, pero tenía que reconocer que entre mi ex y él tampoco había color...

Inclinándose hacia mí, Paco me dio a entender sin palabras que también había reparado en lo abultado de mi clítoris, que lucía brillante mientras palpitaba. Pero todo es susceptible de ser mejorado y he de decir que su lengua obró milagros en ese sentido...

No tardé en demostrárselo con un intenso gemido que deposité en su oído, procedente de lo más profundo de mi garganta, y al que di la forma de su nombre, como homenaje al hombre que

acababa de hacer que mi placer alcanzara las cotas más elevadas que jamás hubiera podido imaginar...

Solo restaba hacer de nuestros cuerpos uno, a juzgar por su mirada y por sus gestos, que me invitaban a seguir tumbada mientras el grueso miembro de Paco tomaba posiciones en mi entrepierna.

La necesidad de liberarnos de una tensión sexual creciente por momentos nos urgía a ambos, por los que con mis ojos le indiqué lo que a mis labios les costaba decir, que lo quería sumergido en mí y que lo quería ya.

Saboreándome con la mirada, así entró Paco en mí mientras sus dedos acariciaban mi cintura, y yo pensaba que una embestida así debía ser, cuando menos, adictiva. Y sí, no me equivocaba, pues una adicción fue lo que me generó la concatenación de embestidas que siguió a aquella primera.

Temblosa, las recibí una a una con el ímpetu del que solo las febriles amantes podemos hacer gala, sintiendo que cada una de ellas me elevaba más y más hacia el olimpo del goce.

Un goce que compartimos minutos después, cuando al unísono estallamos de placer, mientras nos lamíamos, nos acariciábamos y le entregábamos al otro nuestro cuerpo y nuestra alma en un pack que llevaba grandes dosis de pasión incluidas.

CAPÍTULO 11

...Y yo que pensaba eso de “ya no creo en el amor”, lo que apenas podía creer es que me hubiera entregado así a Paco la noche anterior.

—¿Bien, preciosa? —me preguntó abriendo un ojo, como los gatitos chiquititos, cuando los primeros rayos de sol inundaron su dormitorio.

—Sí que estuviste bien, sí —bromeé.

—Ya sabes a lo que me refiero, chiquitina —me ahuecó en su pecho.

—Si quieres saber si me voy a levantar asustada y echaré a correr, mi respuesta es que todavía no lo sé —me tapé la cara con las manos.

Había momentos, como aquel, en que la situación me daba vértigo, esa era la realidad, pero entonces veía la sonrisa de Paco y se me pasaba. Y lo que había ocurrido la noche anterior afianzaba lo que mi corazón comenzaba a chillarme, con la intención de llegar hasta mis oídos; que Paco me estaba ilusionando a pasos agigantados.

—Puedes correr hasta Gijón si quieres, lo único es que allí estaré yo, pisándote los talones...

—¡Yo te como! —solté y vi la emoción en sus ojos.

—Porque tenemos que levantarnos, que si no, ya te diría yo lo que... —no dejé que terminara la barbaridad que estaba a punto de soltar, pues le tapé la boca con un beso.

Nos vestimos mientras charlábamos.

—¿Es muy grave lo de tu abuela? El semblante de tu padre ayer me dejó preocupado —me preguntó un tanto inquieto.

—Lo que sucede es que mi padre es el hermano menor, por lo que mi abuela Catalina es mucho mayor que mi abuela Telma. Mi padre tiene un único hermano con el que se lleva doce años, por lo que mi abuela no es una niña precisamente, y la diabetes le está pasando factura en las últimas semanas.

—Pero ¿tanto como para pensar que...?

—Espero de corazón que no, ella también es muy importante para mí. De hecho, cuando enviudó, se trasladó una temporada a vivir con nosotros a Sevilla y la disfrutamos mucho.

—Una especie de abuela del “Cuéntame”, ¿no?

—O más antigua todavía... Es la típica señora de pueblo, que aún guarda luto por su marido y lleva hasta su pañuelito en la cabeza....

—Entonces, más tipo Doña Rogelia —concluyó él, haciéndome sacar la sonrisa.

Salimos de su casa y entramos en la de mis abuelos, de los que nos despedimos para montarnos en el coche y poner rumbo a Gijón. Aunque Paco y mi hermano se habían ofrecido a llevar sus coches y conducir, mi padre todavía era mucho padre y parecía que nos veía como niños pequeños, por lo que se puso al volante, con mi madre de copiloto.

—Me pido el asiento de en medio —dijo Leo, como para hacerme rabiarse un poco.

—Tú te quedas en una de las ventanillas o me escuchas —le dije entre dientes mientras nos

montábamos en el coche.

—Eso sí, cuñado, no me prives del placer de hacer manitas con tu hermana.

—Claro, como que yo me chupo el dedo y es eso lo único que habéis hecho hasta ahora —rio él.

—A ver, tú que eres el abogado reconocerás que, si me acusas de algo, la carga de la prueba recaerá sobre ti; presunción de inocencia, ante todo —puso Paco cara de niño malo.

Nos abrochamos los cinturones y nos pusimos más seriecitos, entendiendo que no íbamos a ninguna fiesta y que mi padre lo estaba pasando mal.

—Tampoco hace falta que vayáis ahora callados como en misa —nos comentó cuando llevábamos unos cuantos kilómetros recorridos.

—A mí es que en los coches me da por cantar y no es plan —le soltó Paco y lo miré risueña.

—¿Por cantar? Cuéntanos, anda... —le comentó mi madre.

—Ah vale, que has dicho cuéntanos, yo había entendido cántanos y pensé que así a palo seco, no sé yo...

—Pues sí hijo, ya que lo dices, cántanos, que quien canta sus males espanta —lo animó mi madre.

—¿A ti qué música te gusta? —le preguntó él.

—A mí me encanta Nino Bravo, pero no creo que estés muy familiarizado con él, por tu edad digo...

—¿Cómo que no? Si a mi madre le encantaba y yo he viajado de pequeño con ese hombre metido en el sentido. Venga, ámate y cantamos la de “América” los dos —le dijo él.

Mi padre asintió con la cabeza, pues mi madre también cantaba bastante bien y a él como que le fascinaba escucharla, y allá que cantaron a dúo y a pleno pulmón. Lo más gracioso fue que Paco tenía que dar la nota y al llegar a la parte de “*cuando Dios hizo el edén pensó en...*”, añadió “*en Martina*” y nos hizo reír a todos.

Un rato después paramos para desayunar, debíamos hacer acopio de fuerzas porque nos quedaba un largo camino por delante y no sabía lo que nos íbamos a encontrar. Lo hicimos en un precioso merendero al aire libre desde el que había unas vistas espectaculares y en el que, una vez tomamos el desayuno, Paco me cogió por la cintura mientras mis padres y hermano entraban en el servicio.

—¿No es una de las estampas más bonitas que has visto en tu vida? —le pregunté mirando al horizonte.

—¿La nuestra? La más bonita de todas, que para eso estás tú en ella —me contestó sin dilación.

A Paco no se le iba una y yo pensé que la fortuna me estaba sonriendo, ¿sería posible que así fuera tan poco tiempo después de haberme sentido traicionada y vapuleada por Manolo? Es que quizás yo fuera una ingenua, pero me estaba sintiendo amada.

CAPÍTULO 12

Al comienzo de la tarde llegamos a Gijón, alcé la vista y vi la señorial casa de mi abuela, en la que seguía viviendo con mi tío. También guardaba buenos recuerdos de mi infancia en ella, de aquellas ocasiones en las que habíamos recorrido España para ir a verla, y de aquellas otras en las que yo lo había hecho de mayor...

—Anselmo, ¿cómo está? —le preguntó mi padre a mi tío mientras lo abrazaba.

—Menos mal que has llegado, hermano, no quería alarmarte durante el camino, pero mamá ha empeorado.

—¿Mucho? —noté cómo mi padre tragaba saliva ruidosamente.

—Lo suficiente para que venga la ambulancia de camino y para que solo nos quede rezar, hermano. A decir verdad, de anoche a ahora parece no ser la misma, es como si mamá hubiera tirado la toalla, no come y apenas se mueve...

Entramos en la casa y lo que vi me dejó la moral por los suelos; los ojos vivarachos de aquella mujer menuda se habían convertido en dos cuencas inertes que apenas transmitían nada.

—Abuelita... —corrí a su cama.

—¿Martinita, eres tú? —me acarició el pelo con aquella mano inconfundible, una que reconocería entre un millón.

—Sí, abuelita, hemos venido todos para que te pongas buena...

—Claro, veo a Leo, a tu padre, a tu madre y a Manolo —dijo ella, sin ni siquiera caer en que, quien ella llamaba Manolo, era otra persona.

—Sí, todos, abuelita —me pareció genial, pues así no tendría que darle dolorosas explicaciones en los que pudieran ser sus últimos momentos.

—Muy bien, hija, no sabes la alegría que me das, no quería despedirme de este mundo sin decirlos adiós, Martina.

—¿Qué dices de despedida, abuelita? El año que viene vengo a por ti y te llevo de cabeza a la Feria de Sevilla, hasta el traje de faralaes te voy a poner —esboqué una sonrisa mezclada con pena, pues según nuestro tío nos había explicado ya estaba sufriendo un fallo generalizado en sus órganos que hacían preciso su ingreso urgente.

A continuación, todos nos miramos y dejamos que mi padre se despidiera como era debido de la octogenaria mujer, antes de que llegase la ambulancia.

Al salir de su dormitorio, las lágrimas convirtieron mis ojos en cataratas y Paco corrió a abrazarme.

—Igual se pone bien, preciosa, solo nos queda esperar —murmuró mientras besaba mi frente.

—Ya no tiene ganas de luchar, se lo he visto en los ojos... ¿Sabes? Lo único que me satisface es saber que ha sido una gran mujer y que ha vivido siempre como ha querido, mi abuela tiene unos genes fuera de lo común.

—Los mismos que tú has heredado, quédate con eso, Martina...

—¿Y contigo? ¿Qué hago? ¿Me quedo también contigo? —lo miré sabedora de que en esos momentos Paco comenzaba a representar para mí el refugio en el que deseaba perderme en momentos difíciles.

Miré hacia la calle y, con dolor, divisé la silueta de la ambulancia avanzando hacia el portal. Mi tío Anselmo y mi padre ayudaron a los sanitarios a colocar a mi abuela en la camilla y, cuando vi cómo me dedicaba una despedida con su manita, sentí un escalofrío; sabía que no volvería a verla con vida.

Desgraciadamente no me equivoqué pues, según nos contaron, mi abuela sufrió una insuficiencia cardíaca aguda de camino al hospital, por lo que aquella se convirtió en una noche fría y oscura, pese a ser de verano. A través de las lágrimas que desde mis ojos se empeñaban en recorrer mis mejillas, veía a un entregado Paco que no se movió ni un momento de mi lado, actuando como un anestésico de lo más eficaz.

Dada la hora a la que falleció mi abuela, no nos fue posible enterrarla al día siguiente, por lo que tendríamos que esperar un día más para poder hacerlo. Nos quedaban unas largas horas por delante en las que atender y agradecer su presencia a las muchas personas que se acercaron a darle su último adiós al tanatorio.

—Cuando todo esto termine voy a llevarte a conocer muchos lugares de Portugal en los que me juego el cuello a que nunca has estado —me decía Paco para animarme.

—Llévame donde quieras, todavía me quedan vacaciones antes de volver a Sevilla —besaba yo su mejilla mientras me acurrucaba con él.

Tras el entierro, nos subimos en el coche y volvimos a casa de mis abuelos maternos. Mejor dicho, volvieron ellos, porque yo casi que me instalé en casa de Paco. Un par de días después, mis padres se marcharon para Sevilla y Leo y yo seguimos apurando nuestras vacaciones.

Cuando Paco me comentó que me llevaría a conocer muchos lugares portugueses, no me advirtió de que iban a ser mágicos, porque magia fue lo que sentí en cada uno de ellos, a lo largo de unos días inolvidables que ambos exprimimos al máximo.

—¿Sabes que en un par de días me vuelvo a Sevilla? —le comenté cuando llegó el momento, de lo más apenada.

—¿Sabes que iré a verte todos los fines de semana que no vengas tú? —me abrazó fuerte, muy fuerte.

Tan fuerte que no dudé nada, la actitud de Paco me estaba haciendo dejar atrás miedos y dudas... Y yo era la primera sorprendida.

—Entonces, ¿quieres algo en serio de veras? —le pregunté porque necesitaba escuchar algo que en el fondo ya sabía de sobra.

—Tan en serio como que no dudes que algún día me casaré contigo —me soltó a bocajarro y yo volteé los ojos.

—Dímelo otra vez, anda, a ver si le pierdo el miedo...

—¡Que me casaré contigo, sevillana, quieras tú o no quieras! —exclamó él y mi risa se mezclaba con sus gritos.

No en vano, en eso se había convertido mi vida con Paco en aquellos días, en una sucesión de risas y gritos de felicidad que estaban dejando en el pasado los malos momentos vividos por la vil actuación de Manolo.

El día “D”, mis abuelos nos despidieron con emoción a Leo y a mí.

—Paco te quiere, hija, no lo olvides —me dijo la abuela mientras nos despedíamos y él charlaba con mi hermano y abuelo.

—¿Sabes qué, abuelita? Aunque quisiera no podría olvidarlo, se me ha metido demasiado dentro —le contesté y ambas nos reímos a la vez. Si Paco hubiera escuchado aquello, bien que le habría sacado el jugo a mi comentario.

—Esas son señales de la vida, hija...

—Luminosas abuela, espero no equivocarme en esta apuesta...

—¿De qué apuesta hablas y cómo podrías equivocarte? —ya teníamos a Paco al lado y nos echó a ambas los brazos por encima de los hombros.

—¿Tú has bebido? Si yo estaba hablando con la abuela del tiempo...

Pero claro que no, en todo caso hablaría del tiempo que me faltaba para volver a verlo, y del que ya contaba los minutos. Así lo sentí cuando Leo arrancó el coche y dejé allí a una parte de mi corazón, sin duda, la más alegre....

CAPÍTULO 13

Dicen que cuando esperas la llegada del ser amado, el reloj se convierte en tu peor enemigo y yo pude comprobarlo en aquellos seis meses que Paco tardó en llegar a Sevilla para instalarse conmigo en mi piso, deseosos de convertirlo en nuestro particular y renovado nidito de amor.

A falta de dos días para que llegara, aquel viernes pensaba que justamente los astros nos podían haber dado un empujoncito para que hubiera coincidido en fin de semana y no en un lunes, pero tampoco le iba a pedir más a una vida que ya consideraba que me había dado bastante.

Miré por la ventana y comprobé que aquella tarde invernal el sol lucía radiante, dando una luz espectacular, lo que no era raro teniendo en cuenta el dicho de que “la luz en Sevilla es una pura maravilla...”

Acababa de llegar del despacho y me disponía a calentarme un puré de calabacines antes de echarme un ratito de siesta, que la mañana había sido movidita y como que me había dado más de un quebradero de cabeza.

Mientras sacaba el táper de la nevera, todos mis sentidos se pusieron en alerta, pues el claxon de su coche me resultaba inconfundible. Claro está que no iba a ser único en el mundo, ¿cuántos habría similares? Muchos, no iba yo a negarlo, pero la forma en la que lo hizo sonar, esa sí que me escamó, por ser “Paco” total... Uno, dos y tres pitidos rítmicos que hicieran que yo sacara medio cuerpo por la ventana, a lo Vivian Ward en “Pretty Woman”, salvando las distancias, claro....

A ver, que la escena se parecía un poco, con la diferencia de que lo que él venía escuchando a todo volumen era salsa y de que en mi edificio no había esas escaleras exteriores; por ahí se iba a librar... Por suerte, porque me hubiera dado un poco de vértigo verlo subir por ellas.

—Preciosa, ¿me vas a seguir mirando con los ojos como un búho o me tengo que ir por dónde he venido? —me chilló desde la ventanilla del coche.

Bajé corriendo, qué digo corriendo, bajé volando, deseosa de comérmelo a besos y con la llave del garaje en la mano, que para eso ya habíamos alquilado una plaza para él.

—¿Qué haces aquí? ¡Que te como esa cara! —chillaba yo mientras saltaba, pareciendo que lo que había bajado era una legión de Martinas.

—Pues nada, que pensé que había una feílla que me estaba esperando en Sevilla —me reí con su pareado — y llegué a la conclusión de que mal trago pasarlo pronto.

—¿Mal trago? Mal rayo parta a estos meses que se me han hecho más largos que un día sin pan, ya estás aquí y nada nos va a separar —me tiré encima de él y una señora que pasaba se rio con el pulgar en alto en señal de aprobación.

—Dicho así, parece una amenaza, así que entre eso y que tu padre me puede empapelar en un pis pas, no sé yo si estoy haciendo un buen negocio —reía feliz, pero si no la liaba no era él...

Así era el hombre que me había enamorado de sopetón, el que sin comerlo y sin beberlo comenzó a dar luz a los que yo consideraba los días más grises de mi vida... Al fin y al cabo, había que tener arte, como decíamos en mi tierra (que también era la suya), para comenzar a poner

remiendos en un corazón roto hasta dejarlo a punto para volver a latir intacto; como si nunca, como si nada, como si nadie...

—Yo por mí sigo, pero no sé lo que les iba a parecer a los vecinos —reía él mientras nos dábamos un lote cual quinceañeros en los asientos del coche, ya dentro del garaje.

—Hombre, muy decoroso no quedaría, la verdad....

—A ti sí que te voy a decorar yo el alma, y lo que no es el alma —me miraba de arriba abajo mientras yo me derretía.

Besos y más besos en el ascensor, que no sé yo quién habría inventado eso de que tuvieran memoria, porque el vecindario al completo pareció ponerse de acuerdo para darle al botoncito y paró en casi todas las plantas... Así que un poco dimos el numerito, porque estuvo desde la vecina que nos aplaudió, hasta el amargado del ático, que nos dijo que había que saber contenerse...

—Y tanto que hay que saber, por la cara de mal follado que tiene ese, lleva conteniéndose lo menos diez años —me soltó Paco en cuanto se cerraron las puertas —pero por Dios, ¿cuánto mide el edificio este, que parece que no llegamos nunca?

Hasta a mí, que tenía bien calculado sus tiempos, se me hizo eterno... porque yo lo que quería era entrar ya en casa y que Paco me diera calorcito, que para eso era invierno...

Dicho y hecho, porque fue entrar por las puertas y ver volar ropa y zapatos...

—Me he cargado al gato, soy un gaticida —reía mientras miraba de reojo al estiloso gato de madera que tenía al lado del sofá, porque ni a la cama llegamos.

—¿Sí? Pues ahora, para que no te denuncie, ya sabes que te tienes que emplear a fondo, ¿o prefieres que se lo cuente a mi padre y te empapele?

—No, no, vamos a hacer una prueba a ver si queda contenta la señorita... —seguía él carcajeándose y es que, aunque Paco era un cascabelito, yo nunca lo había visto más contento que ese día.

Total, que entre la alegría y que él decía que tenía mucho amor para darme y que no podía perder la vida entre barrotos, sí que se empleó a fondo. Y no solo una, ni dos, sino tres veces seguidas, porque nos cogimos con unas increíbles ganas.

—Y yo que estaba preparando puré de calabacines sin saber que... —comencé a decir.

—¿Ya me estás buscando la lengua? —De un salto volvió a ponerse encima de mí, me fascinaba tenerlo en esa posición...

—Hombre, es que lo de los calabacines da mucho juego —reía yo también.

—Ya, ya, pero que luego el deslenguado y el que tiene la mente sucia es Paco, y la niña a la chita callando tiene tela también... —me mordió la lengua, que yo tuve la osadía de dejar asomar por mi boca.

Si tuviera que definir la felicidad en un instante, sin duda que habría sido ese... Tener a Paco en casa suponía para mí hacer realidad un sueño; un sueño que ahora tenía al alcance de mi mano y que me sacaba una sonrisa tal que me llegaba hasta a los ojos.

—Las cinco de la tarde y nosotros sin comer —le dije mientras seguía besándolo sin poder parar, como si nos hubieran puesto un imán a cada uno en los morros.

—Bueno, cariño, eso será dependiendo de lo que entiendas tú por comer, porque... —le di otro beso antes de que dijera un disparate de los suyos, que bien sabía yo por dónde venían los tiros.

Nos levantamos para preparar un café y saqué unas pastas exquisitas que solía regalarnos un cliente de mi padre.

—¿Esto es una indirecta o qué? Ay las pastas, que me han buscado la ruina, a mí, que era un soltero de oro... —reía rememorando aquella mañana que se las trajo a mi abuela.

—¿La ruina? Tú no te has visto en otra así en la vida, chaval —le metí una en la boca y apenas podía articular palabra, toda una tragedia para él, al que solo le faltaba ir a “El Club de la Comedia”.

—Que me engollipo, tú te has querido vengar por lo del gato —murmuró entre dientes mientras le daba un sorbo al café.

—Claro, novicidio por gaticidio, ojo por ojo...

—¿Sí? Pues hasta los ojos te voy a comer yo a ti. ¿Qué te apetece hacer esta tarde, cariño? —me preguntó él, acariciándome el pelo.

—¿Nada de nada? Estoy vaguita total...

—Pues una ración de nada como un castillo de grande para la señorita. En ese caso, iré al supermercado y te traeré unos gambones de esos que te apasionan, para hacerlos a la sal.

—Me apasionan, me apasionan, pero tú más...

—Sí, joder, pero a mí no tendrás pensado asarme a la sal, ¿no? Que lo del novicidio vale, pero por un método más rapidito, no sé, me parece un poco cruel...

—Tira para allá, anda, cruel...

Un rato después estábamos ambos en el supermercado. Y, aunque aquel no fuera el escenario más romántico del mundo, yo no podía evitar pensar en qué bonita es la vida, que gira y gira como una noria, y que un día pone el corazón de nuevo en marcha para que sus latidos den paso a una historia de leyenda...

Estaba de lo más sensible y eso que solo recorríamos los pasillos del supermercado, no me puedo llegar a imaginar lo tontorrón que podría ponerme en un sitio de esos emblemáticos donde las parejas se juran amor eterno; solo de pensarlo se me ponían los vellos de punta.

—¿En qué piensas, mi niña? Que te has quedado como pillada —me pasaba Paco la mano delante de la cara.

—En que soy una romántica empedernida —suspiré —no puedo remediarlo.

—Pastelosa, que eres una pastelosa —se echó a reír — y como a mí no me gusta que seas así, no te voy a invitar a ir un fin de semana a París, ni nada... Tú te lo pierdes.

—¿A París? ¿De qué estás hablando?

—Te lo digo si cierras la boca, que se te ha quedado abierta como un buzón de Correos y la gente nos va a mirar —rio.

—¡¡¡Cuenta!!! —chillé y claro, nos miraron más.

—Así me gusta, mi niña y su discreción, pues lo dicho, preciosa, que dile a tu padre que te dé un lunes libre y nos vamos a París... Salimos un viernes al mediodía y en tres días de vuelta.

—Muerdo, sabes que París es mi gran asignatura pendiente, he estado varias veces a punto de ir y nunca he podido.

—Pero eso es porque te juntabas con gente muy sosa, ahora por fin has afinado el ojo y ya todo lo que te va a venir es bueno....

Yo tenía que morir con él, porque te decía las cosas con tal naturalidad que no tenías más remedio que asentir como si fueran verdades absolutas. Y es que encima en este caso sí lo era, porque yo quería pensar que a la segunda va la vencida; que no me molaba para nada el dicho ese de que tuviera que ser a la tercera.

La tarde dio paso a nuestra primera noche de convivencia, que festejamos a golpe de marisco y vino, regados con unas intensas miradas que aderezaban la mesa.

—Ya le he dicho a mi padre lo del viaje, nos vamos el finde que viene —le saqué la lengua cuando me trajo el postre, y por postre no me refiero al sexual, que ese vendría después, sino a unos exquisitos profiteroles que habíamos comprado para la ocasión.

—Anda que te ha faltado el tiempo, y cómo se nota que tienes enchufe con el jefe —me soltó, negando con la cabeza.

—Hombre, normal, que para eso su niña es su ojito derecho, ¿o qué viene a ser esto?

—Yo también lo soy de mi madre, ¡que lo sepas! Soy su hijo preferido...

—Eso fijo, no tiene otro, nos ha fastidiado. Así no tiene mérito ninguno —le espeté mientras degustaba aquella delicia dulce que me fascinaba.

—Pues ahora lo voy a ser también de tu padre, y te voy a quitar el puesto.

—Eso ni borracho, te lo digo yo...

—Para lo de borracho todavía es pronto, tú espera un rato.

Le tuve que dar la razón, era pronto, pero, después de que cayera la botella de vino completa, no estábamos como una cuba, pero sí con un puntito de lo más simpático encima.

—Portugués, ¿tú me quieres? —le pregunté mientras me hacía un ovillo con él en el sofá.

—¿Yo? Para nada, para nada... Yo he venido a esta casa pensando que era un *reality*. ¿Y qué es eso de portugués? Que yo soy de Triana, enana... Ea, ya me ha salido otro pareado...

Un *reality* iba a ser, y de esos que llevan sexo a tutiplén, porque Paco tenía la gracia a esportones y encima las ganas de darle al matarile parecía que las habíamos repartido en el ambiente con un difusor.

Después de una nueva noche de pasión en la que perdimos la cuenta de cuánto amor y placer nos regalamos, amaneció un precioso sábado en el que nos fuimos a desayunar al Parque de María Luisa.

Una vez dimos un relajante paseo cogidos de las manos, tocaba ver a las familias.

—Tu madre te va a tirar de las orejas cuando le digas que llevas desde ayer en Sevilla y que todavía no has ido a verla —le comenté.

—Mientras no me tire del rabo, todo va bien, que ese es sagrado y además ahora tiene faena, que me tienes exprimidito —rió.

—Pobre Paco mártir, y a ti que no te gusta nada y estás sacrificadito por mí, qué viva más dura llevas...

—Lo reconoces, ¿verdad? Todo sea por amor, pequeñaja —me llevaba cogida por la cintura como si yo fuera una pluma.

El almuerzo lo haríamos en casa de sus padres, que yo ya había conocido durante los meses que llevábamos de relación, en sus escapadas a Sevilla, y con los que me llevaba de fábula.

—Ea, pues ahora vamos a casa de la de Aragón —dijo él a eso de la una de la tarde.

—Un día te va a dar un cachiporrazo por llamarla así, santa paciencia que tiene tu madre contigo.

—¿Y qué culpa tengo yo de que se llame Agustina? Pues entonces será Agustina de Aragón, digo yo...

Pero no, su familia era de lo más sevillana y en su casa se montó una feria en cuanto llegamos, pues también estaban deseando tener a su único hijo más cerquita. Su padre, Antonio, igual que Agustina, tenía pasión con Paco y era otro cachondo mental, por lo que allí los chistes y las bromas se repartían como caramelos.

A la hora de cenar nos llegamos a casa de mis padres...

—Una foto de esta parejita tan monísima para mandársela ahora mismo a tus abuelos —me

decía mi madre mientras Paco y yo posábamos.

—¡Ahí faltó yo! Que si no llega a ser por mí estos dos no se conocen —salió Leo con una cerveza en la mano, ¡qué raro!

—Tienes razón, hijo, de vez en cuando se te ocurren hasta buenas ideas —le soltó mi madre y Leo hizo el gesto de darse un tiro en la sien.

—No te pongas tan dramático que eres el niño de mamá —reí.

La cena fue de lo más alegre y me hizo sentir muy afortunada por tener a todas aquellas personas maravillosas en mi vida, dándole sentido.

Un rato después, Paco y yo llegamos a nuestra casa deseando volver a reavivar la llama de la pasión entre las sábanas, con la ilusión añadida de ese viaje que ya teníamos en puertas... ¡Más puntos que ganaba mi chico!

CAPÍTULO 14

—Martina, ¿tú has amanecido con complejo de cebolla o qué? —me preguntó Paco tan pronto me vio vestirme el viernes con varias capas de ropa, que yo era muy friolera.

Ni que decir tiene que mi padre acabó dándome también el viernes libre para que pudiéramos disfrutar de más tiempo.

Nuestro avión salía a eso de la una de la tarde y yo desde primera hora de la mañana estaba más nerviosa que un perro paseando por un barrio chino.

—¿Te relajas tú o te relajo yo? —me preguntó Paco y, por una vez, pensé que iba a ser mejor relajarme yo solita, porque me había costado vestirme más que a un torero y como tuviera que ponerme y luego que quitarme toda esa ropa, iba lista.

La noche anterior apenas había podido pegar un ojo, pues nuestro primer viaje juntos me generaba unas expectativas muy altas. De lo más entusiasmada, recibí un mensaje de Leo.

“¿Estáis seguros de que no tenéis un hueco para mí en las maletas?”

Desde que se enteró que Paco y yo nos íbamos de escapada romántica a París, el jodido no paraba de hacer bromas; bromas que a mí me tocaban el alma, porque para eso mi hermanito era uno de los grandes puntales de mi existencia y siempre estaba conmigo a las duras y a las maduras.

Si hubiera sido por mí, nos hubiéramos marchado al aeropuerto a las seis de la mañana, pero tocaba hacer algo de tiempo.

—Casi igual que Agustina, que dos veces ha tenido billetes para ir a Roma, que es su destino soñado, y dos veces que ha perdido el avión —rio Paco.

—¿Qué dices? —me quedé boquiabierta.

—Como lo oyes, mi madre tiene un cuajo sensacional y lo de la puntualidad como que no existe para ella, y luego le pasa lo que le pasa, normal....

Me eché las manos a la cabeza; si yo perdiera el avión me llevaría llorando tres días y tres noches. Pero vamos, que iba a embarcar la primera como Martina que me llamaba.

—Vámonos ya —le dije a las nueve de la mañana y eso que no teníamos que facturar maletas y que en media hora estaríamos en el aeropuerto.

—No seré yo el guapo que te diga que no, que cogemos caravana o pinchamos, y me pegas una paliza en plena carretera —sonrió.

—Una paliza te voy a dar en cuanto lleguemos a París, pero de otro estilo...

—Eso será si logramos quitarte los kilos de ropa que llevas encima, que no lo tengo yo tan claro —me advertía él.

Cogimos un taxi y Dios le conservara al taxista el oído, porque lo que era la vista la tenía fatal; o sería que tendría el sentido nublado, al contrario del día, que lucía espléndido.

—¿Cuándo os habéis casado? Porque vosotros lleváis una cara de ir de luna de miel que no es normal. Hombre, hay más bodas en verano, pero yo me casé con mi Pepa en enero y bien bonito

que fue.

Miré a Paco y contuve la risa, aunque él me indicó con la mirada que iba a lanzar una de sus bombas.

—Lo que pasa es que yo tengo un problema para contentarlas a todas...

—¿Cómo a todas? —El hombre abrió tanto la boca que se le cayó un palillo de dientes que sujetaba en los labios...

—Pues sí, hombre, porque soy musulmán y esto es el lío del monte pío; de momento tengo cuatro mujeres.

No sé cómo pude contener la risa, pero yo puse carita de circunstancias.

—¿Y tú eso cómo lo ves, chiquilla? —me preguntó él, que debía pensar que estábamos los dos como un cencerro.

—Yo bien, no tengo problema —le espeté como si tal cosa.

—Ah, pues eso está muy bonito. Mira, yo te alabo el gusto —miró a Paco — pero lo que no quisiera es verme cenando en Navidades con cuatro suegras. Por Dios, si yo las únicas trifulcas que he tenido con mi Pepa han sido por mor de su madre... No me puedo ni imaginar lo que sería tener a cuatro.

—Eso no es nada, amigo, saca uno el capote y listo.

—Pues con capote y todo, como a una de tus suegras le dé por entrar a matar, a ti no te libra ni la Caridad, chaval —lo miraba el hombre como quien mira a un extraterrestre.

El vuelo se nos pasó en un suspiro, mientras Paco me hacía reír, y no solo a mí sino a todos los que estaban a nuestro alrededor y escuchaban sus ocurrencias.

—Chaval, ¿tú qué día vuelves? Lo digo para cambiar yo el billete y volverme el mismo día, porque no me he reído más en mi vida; con decirte que he cogido el baño a lo justo dos veces —le dijo una señora que me recordaba a mi adorada abuela Telma.

—Señora, pues un poquito de por favor, mida usted el camino, que las azafatas lo que están repartiendo son cacahuets, pero que de Tena Lady lo mismo van justitos —allá iba eso y la señora doblada de risa.

Era una virtud de Paco: dijera lo que dijera, lo soltaba con tal gracia el muy bandido que la gente se lo tomaba con el mejor de los humores.

Pasadas las cuatro de la tarde ya estábamos los dos en París... Y hablando de capotes, como el taxista, era el tiempo quien nos estaba echando un capotazo; pues nos recibió nublado, pero sin excesivo frío y sin lluvia.

—¿No crees que has exagerado un poco? —me preguntó Paco cuando dejamos nuestras pertenencias en el hotel y salimos volando a recorrer la ciudad.

—¿Lo dices por mis orejas?

—Un poco, un poco, que si te las colocas al revés ibas a parecer Minnie Mouse.

—Pues estas van conmigo en todos mis viajes de invierno, que yo estoy acostumbrada al calor de Sevilla y en estos sitios me salen sabañones en las orejas.

—Si yo no digo nada, cariño, pero es que parece que hemos llegado a Laponia, en vez de a París —se desternillaba él de risa.

—Pues mira, ándeme yo caliente y ríase la gente... y tú el primero, pero que a mí no se me congelan las orejas porque a ti te dé la gana —bromeé.

Pillamos el metro y nos bajamos en la parada de Trocadero. Yo estaba loca por ver la Torre Eiffel, cómo no, y ese iba a ser nuestro primer destino.

Todavía llegamos con el suficiente sol como para poder apreciar la magnitud de tan

emblemática torre, así como de recorrer los Campos de Marte.

Seguimos bajando por el Trocadero, hasta llegar a la torre. Con los billetes ya comprados como llevábamos, no tuvimos que esperar demasiado para subir a la tercera planta, es decir, al mirador más alto.

—¡¡Muero con estas vistas!! —le chillé a Paco...

—No es para menos, son de las mejores del mundo, de eso no hay duda —murmuraba él mientras me abrazaba.

—¿Dices las de la torre? Yo me refería a las otras —bromeé mirándolo a él.

—Claro que sí, es lo mismito verme a mí que ver París desde la torre Eiffel —rio.

—Bueno, sois dos monumentos, lo único que tú de carne y hueso...

—Lo que no quita para que también tenga ciertas partes duras —soltó mientras me apretaba contra él como para dar fe de la burrada que había dicho y que yo también sabía...

Costaba trabajo bajar de un sitio así, pero lo magnífico del caso es que teníamos ante nosotros la ciudad entera para ser recorrida, con la salvedad de que habríamos de escoger, pues el tiempo apremiaba.

Nos decantamos por el Barrio Latino para cenar, pues yo siempre había sentido mucha curiosidad por conocer ese pintoresco barrio en el que había vivido mi mejor amiga, Olga, durante su Erasmus.

Bastó llegar hasta allí en metro para tomar conciencia de por qué decían que se trataba de una de las zonas más animadas de París, pues a pesar de la hora, todavía había un importante trasiego de gentes por sus calles.

Pasamos por la Plaza de Saint Michel, donde me empeñé en sacarle una foto a Paco junto a la figura de San Miguel luchando con un dragón y él puso uno de esos caretos que irían directos a nuestras familias, vía WhatsApp.

—Como el bicho este me ataque, me vas a tener que escuchar —me advertía Paco con el dedo.

—Y si no te ataca, también, si tú hablas hasta debajo del agua, amor...

A partir de ahí nos dirigimos a un restaurante sito en una de las principales arterias del barrio, la *Rue Huchette* y tomamos una cena ligera antes de comenzar nuestro recorrido por los monumentos iluminados, que me entusiasmó.

—Tú ya los habías visto e igual no te llaman tanto la atención, pero yo estoy flipando —le confesaba ahuecada en aquel pecho que se había convertido en mi refugio favorito.

—Una parte de razón tienes, pero que las demás veces no estaban tan iluminados como estoy que estás tú, enana —me dio un coscorrón en la cabeza y luego me besó la misma zona. Así era él y así me había enamorado...

Pese a que estaba reventada, me costaba pensar en la posibilidad de tener que dormir... Y digo dormir porque, aunque yo me había puesto muy chulilla comentándole que le iba a plantar cara en lo sexual en cuanto estuviéramos en aquella fascinante ciudad; lo cierto fue que caí a plomo tan pronto entramos en la habitación.

Un nuevo día y un sorteo de arrumacos y carantoñas por parte de Paco, que me tocaron íntegros a mí, faltaría más...

—Si ayer estabas reventada, hoy tenemos tela por delante, mi niña, ¿cómo lo ves?

—Hombre, yo lo veo bastante abultado, tipo caseta de campaña, ¿y tú? —enarqué una ceja y sonreí.

—Mírala, y después soy yo, ¿tienes ganas de guerra? Pues ya caíste...

Y caí, caí, y bien sabía Dios que cada vez me gustaba más hacerlo con él. No en vano, la

experiencia es un grado y aunque Paco sabía excitarme como nadie desde nuestros primeros asaltos de cama, cada vez la compenetración era mayor entre nosotros y nos teníamos cogida la medida que era un gusto...

Una vez que salimos a la calle, comenzamos nuestro recorrido parisino por Los Inválidos y allí tuvimos un susto, porque una moto nos pasó tan cerca que a punto estuvo de llevarse a Paco por delante.

—Joder, casi... Si llego a saber que esto de los inválidos es literal se asoma por aquí mi prima Frasquita —murmuró el pobre con el susto en el cuerpo.

—Pero cariño, si venía hacia mí y has sido tú el que se ha puesto delante —la voz me sonaba temblorosa.

—Eso por descontado, mi vida, para darte a ti, me tiene que llevar a mí antes...

Cada día iba descubriendo más esa faceta de él que tanto me gustaba; más que decir las cosas, Paco me las demostraba y eso para mí suponía una garantía porque como diría Nuria Fergó "*las palabritas se las lleva el viento, las palabritas se las lleva el aire...*"

—Cariño, si te hubiera pasado algo, yo no sé lo que

—¿Qué me va a pasar a mí? No seas tontita, oye que yo no nací en Bilbao porque elegí hacerlo en Sevilla, pero que soy como los vascos, ¿eh?

—Sí, solo hubiera faltado, tú arriba y yo abajo y ya tenemos el guion montado, de la serie digo...

—Ah, vale, de la serie, porque de lo otro me suena mucho, de esta misma mañana, y al revés, y...

Incansable, Paco era incansable en la cama, por lo que yo me consideraba servida y bien servida. Y además con la tranquilidad de saber que el siguiente plato siempre venía de camino.

Un rato después llegamos a los Campos Elíseos y allí hicimos otra parada obligada.

—Mira que para ser esto una gran capital, está llena de campos —bromeó el jodido mientras nos hacíamos varias selfis que salían movidos, por las risas...

—Quita que te mueves más que el labio de un conejo, jodida. Ya echo yo las fotos...

Y sí, por las narices, anda que no se le movía tampoco la cámara, pues él mismo se tenía que reír de todo lo que se le pasaba por la cabeza y soltaba sin filtrar.

Andar, lo que se dice andar, anduvimos ese día hasta que nuestros pies nos chillaban socorro; pues con algunas paradas más para comer y hacer fotos o intentos de fotos, recorrimos también la Plaza de la Concordia, Los Jardines de las Tullerías, la Avenida de la Ópera y cómo no, *Montmartre*, otro lugar icónico que no podía faltar en nuestra visita.

Precisamente *Montmartre* y en concreto la archifamosa Plaza de los Pintores fue la que Paco y yo escogimos para cenar.

—¿Lo estás pasando bien, preciosa? —me comía él con los ojos mientras cenábamos en tan simbólico lugar.

—No tengo palabras para decirte cuánto, creo que es por eso, París me ha dejado sin palabras —intenté que mis ojos hablaran, pues me resultaba complicado verbalizar los muchos sentimientos que aquel lugar estaba despertando en mí.

—Pues entonces, por favor, haz un esfuerquito y me contestas con un monosílabo...

En ese instante y a un gesto de él, el camarero salió con una preciosa botella de vino de cuyo cuello, con una cuerdecita rústica, pendía un magnífico anillo, ¿de compromiso? Ya me extrañaba a mí que tardara tanto cuando fue al servicio...

Me puse las manos en la boca y a punto estaba de chillar. El brillo de mis ojos ya le había

contestado, creo que él lo percibió, pero aun así guardé un emocionado silencio para darle la oportunidad de explicarse.

—Cariño, igual te estás preguntando si este es un anillo de compromiso. Te sacaré pronto de dudas; sí lo es. Espero no asustarte con ello porque no hace demasiado tiempo que nos conocemos, aunque creo que hemos sabido suplir con creces cantidad con calidad. Tú venías de una historia complicada el día que nuestros destinos se cruzaron... Yo lo detecté enseguida en tus ojos y me afané en borrar la tristeza que se adivinaba en ellos. Ese fue el comienzo, pero enseguida supe que deseaba más y más... Después de que tu tristeza saliera volando, caí en la cuenta de que haría lo que fuera porque siguieras riendo conmigo... para siempre. Y eso para mí es un compromiso; pero no uno que se deja caer un día y que luego acaba en papel mojado; sino uno que yo renueve cada noche al acostarme y cada mañana al despertarme. Y lo mejor del asunto es que deseo fervientemente que ese compromiso se convierta en mi mejor aliado y que un día, sin miedo y sin presiones, quieras casarte conmigo. Mientras, ¿me prometes que lo pensarás? Ese es el sí que quiero arrancarte hoy.

Con las lágrimas en fila india para desfilas por mis lacrimales, camino de mis mejillas, exclamé un “Sí, quiero” que le hizo esbozar la sonrisa más bonita que atisbé en su rostro hasta ese momento... Y eso que el listón estaba alto.

En la “Ciudad del Amor” acabábamos de sellar el nuestro, un amor con visos de continuidad sobre el que yo poco tenía que pensar; claro que deseaba convertirme en su mujer y claro que, el hecho de que me lo hubiera pedido, me hacía la más feliz de todas ellas.

EPÍLOGO

16 meses después...

“*Sevilla tiene un color especial...*” iba cantando el cochero y yo saludando a todos los lados con la manita, como la reina de Inglaterra, en el día más bonito de mi vida hasta la fecha; el de mi boda con Paco.

Cierto que cualquiera podría pensar que yo ya me había casado otra vez, pero aquello fue tan corto y el chasco tan gordo, que prefería casi resetear y hacerme a la cuenta de que la que celebraríamos ese día sería mi única y definitiva boda.

La ciudad que me vio nacer puso de su parte y me regaló un chorro de luz como sola ella puede ofrecer... El escenario no podía ser mejor, ni la compañía tampoco, que para eso mi acompañante y padrino era mi padre, a quien se le caía la baba mirándome.

—Mire que yo he llevado novias a la iglesia, pero me parece a mí que más bonita que su niña, no —le soltó el cochero a mi padre en una paradita en un paso de peatones.

—Papá, ¿le hemos pagado a este hombre? A ver si es que el pobre todavía no ha cobrado y por eso está haciendo méritos —le susurré.

—A lo mejor es por eso y no porque eres bonita de verdad, a rabiarse, cariño —besó él mi frente, de lo más emocionado.

Sevilla tiene un montón de lugares espectaculares para casarse, pero tuvimos que elegir uno. Por mí me hubiera casado un montón de días seguidos, en todos ellos, pero como que no era viable.... Nos convertiríamos en marido y mujer en la catedral, ahí es nada... Total, que nosotros no teníamos nada que envidiarles a Pilar Rubio y a Sergio Ramos; bueno sí, la noria, que de eso no llevábamos.

Y sí, pudimos casarnos por la iglesia porque mi padre, aparte del divorcio, tramitó en su despacho la nulidad de mi primer matrimonio y no tardé en tenerla en las manos.

Nos bajamos del coche mientras mi amiga Olga, a la que había considerado como la hermana que nunca tuve desde mi infancia, corrió a ponerme bien la larguísima cola de mi vestido de línea romántica; una verdadera joya de artesanía en lo que a la combinación del encaje y el tul se refiere.

—¡¡Guapa!! —se escuchó decir a un niño pequeño que iba paseando con su madre, haciendo que todos los presentes comenzaran a reír.

—Bien empieza esto, papá —me agarré fuerte a su brazo y salimos andando.

Las caras de nuestros invitados eran de total felicidad, pero había algunas que brillaban con especial esplendor, como las de mis abuelos que lógicamente se habían desplazado desde Portugal para la ocasión. Junto a ellos mi madre, con el pañuelo ya en la mano, secándose las lagrimitas que empezaban a resbalar por su cara. ¿Y qué decir de Leo? Pues que estaba atractivo a más no poder y con todas las invitadas, solteras y no solteras, suspirando por él.

Al fondo, Paco con Agustina, de lo más sonrientes. Guapo, guapo, guapo, el novio....

—Tenía miedito de que no estuvierais a la hora, amor, por tu madre, digo —murmuré entre dientes cuando llegué a su altura...

—Mi trabajito me ha costado, pero la amenacé con volver a casa si no llegábamos a nuestra

hora y tú te echabas para atrás. Y ella me quiere mucho, pero déjate, que ahora vive muy bien — me guiñó el ojo y ya me estaba haciendo reír, para no variar.

Bien debí pensar que iba a decir alguna de las tuyas hasta allí, en pleno altar...

Le di la mano y la noté tan temblorosa como la mía.

—O nos acaba de entrar el Parkinson a los dos a la vez, o estamos hecho dos flanés —volvió a soltar y el sacerdote le hizo un gestito de que había que empezar y de que ya estaba buena la cosa.

—Yo estoy que me muero, te lo digo...

—Muy bonito, ya me quieres dejar viudo, de eso nada; tú lo has querido y ahora a apechugar conmigo, que has tenido tiempo para pensártelo.

Nuevas miraditas del sacerdote y ese Paco sonriéndole.

—¿Pareja empezamos o tenéis pensamiento de que nos den aquí las uvas? —nos preguntó, aunque de muy buen rollo.

—Espere usted un momento, hombre, que lo estamos discutiendo, que nos han surgido unas dudas —soltó y yo me quedé de una pieza, con la cara como una muñeca de esas a las que parece que les han echado un chorro de laca en la cara.

—¿Cómo? —se escuchó decir en toda la iglesia, aunque por Dios que yo no quería ni darme la vuelta.

—¡Que no cunda el pánico! Estas son las cosas de mi yerno, que es un cachondo, pero que este besa el suelo por el que pasa mi hija, os lo digo yo —saltó mi padre con total parsimonia.

Aquello no solo me dejó más tranquila, sino que me hizo dedicarle a mi padre la mejor de mis sonrisas, pues me confirmaba lo que ya sabía; en aquel tiempo mi padre había aprendido a querer mucho a Paco, hasta el punto de entender a la perfección su humor...

Un “uff” general resonó en toda la iglesia, con los invitados ya más aliviados.

—El miedo que les ha entrado es por perderse la comilona, no te vayas a creer tú que es por otra cosa, que seguro que más de uno lleva dos días sin comer para ponerse como un pocito hondo —me comentó.

Hasta el sacerdote, que lo escuchó, y que todavía estaba estupefacto por la salida que había tenido Paco, comenzó a carcajearse...

—Paquito, ya —lo miró su madre con cara de pocos amigos y es que Agustina debía estar pensando que, a ese paso, se lo llevaba de vuelta a casa...

Pero nada más lejos de la realidad, porque yo al Paco de mis entretelas lo quería a mi verita, por lo que, cogidos de la mano, seguimos con devoción el resto de la ceremonia que uniría nuestras vidas.

Con lo que yo no contaba era con que la voz se me quebrara a la hora de pronunciar el “sí, quiero”, pues la emoción me embargó.

—¿Lo ves? Por eso tengo yo que decirte alguna de las mías, porque si no te me pones tontita — me dio un beso sin encomendarse a Roma ni a Santiago.

—Muchacho, que todavía no hemos llegado a esa parte —le riñó el sacerdote.

—Usted sabrá de su vida, pero que yo a mi novia no es la primera vez que la beso, vamos que entonces de otras cosas mejor ni le hablo —le respondió y ahí sí que la catedral se vino literalmente abajo de las risas.

—Paquito, por Dios, menudo insulto que me estás dando, hijo, ¿quieres que me caiga aquí en redondo? —le preguntó su madre.

—No, mamá, por eso no le he dado los detalles a este hombre, pero tú tranquila, que estamos en familia...

Convertidos en esposos y todavía medio llorando por las muchas risas que protagonizaron la ceremonia, avanzamos hacia la puerta.

—Paolo, mírala, nuestra niña casada con Paco —me acariciaba la cara mi abuela Telma mientras mi ya marido la miraba con veneración.

—Telma, no vayas a decir que no me echas de menos, ¿eh?

—Pues sí que te echo de menos, hijo, que no he tenido otro vecino como tú en la vida, tan gracioso y apañado. Pero que sepas que te perdono porque te has casado con mi nieta, hazla muy feliz, Paquito.

—Todo lo que yo pueda, Telma, te lo prometo y sabes que eso sí que lo digo en serio —le contestó él, besándole la mano.

—Pues será lo único que hayas dicho hoy en serio, porque yo creo que nuestra boda para el YouTube que va —le dije mientras salíamos por la puerta de la catedral, prestos a recibir una lluvia de coloridos pétalos que le daban una alegría especial a un día ya de por sí mágico.

Y hablando de magia, también lo fue cuando, entre aquella lluvia de pétalos, comencé a escuchar los acordes de las sevillanas “*Nadie sabe lo que siento yo por ti*” de Ecos del Rocío, una de mis preferidas y que caían especialmente al pelo... Las cantaban, guitarra en mano, el grupo de amigos de Paco y esos sí que iban a lograr que yo abriera el grifo de mis ojos, que llevaba intentando contener todo el día.

—No llores, mi vida, y demuéstrales a todos el arte que tienes —me dijo él secando mis lágrimas mientras nuestros invitados nos rodeaban y empezaban a tocar las palmas.

—Es que nadie lo sabe, te quiero tanto, Paco —metí la cara en su chaqueta, del rubor que estaba sintiendo...

—Saca esa carita guapa, que ya te diré yo a ti lo que te quiero, y te lo demostraré, ya me entiendes —volvió a bromear y disfruté mucho de aquel baile por sevillanas que en mi primera boda no fue posible porque Manolo era un soso de cuidado para todas esas cosas.

De allí, reídos, bailados y casados, nos fuimos para la Plaza de España, a hacernos el reportaje de boda más bonito del mundo, pues si de lugares deslumbrantes hablamos, ese estaba en la cúspide.

Una vez acabado un reportaje que también estuvo dominado por las risas, de nuevo en coche de caballos, Paco y yo nos dirigimos a la planta mirador del famoso Parasol, que consideramos como un lugar único para seguir celebrando con nuestros familiares y amigos un enlace que nos hacía enloquecer de felicidad.

La nuestra iba a ser una boda tipo cóctel, pues yo había asistido a algunas de las que me había quedado prendada, y a Paco esas cuestiones como que se la traían al paio, con tal de que yo fuera feliz, que según él decía era su absoluta prioridad.

He puesto según él decía y mejor tendría que haber puesto según él me demostraba, porque desde que Paco volvió de Portugal y se instaló en la que ahora era nuestra casa, verme contenta era el objetivo de cada uno de sus días.

—Me la cuidas o te majo a palos, ¿eh? —le dio Leo un puñetazo en broma y ambos se abrazaron, pues también se habían convertido en uña y carne.

—Mira a los dos musculitos que en el fondo no pueden ser más tiernos —les dije mientras me unía a su abrazo, haciendo una piña.

—Calla hermana, por Dios, no se vaya a enterar más de una, que yo voy de tipo duro por la vida —me guiñó Leo el ojo y luego se lo siguió guiñando a varias de sus admiradoras, que lo miraban haciendo corrillos.

—Corre, que la próxima es la tuya, venga —le instó Paco, que no parecía saber lo que decía.

—No mientes ruina, no mientes ruina....

—¿Y mi Olguita? No me vayas a decir que no es un regalo para la vista hecho mujer —le comenté a Leo cuando se acercó mi amiga del alma.

—Y tanto que sí, ella sabe que la adoro, y precisamente por eso me alejo, que no soy de fiar...

Yo no creía que la cosa fuera para tanto, aunque mi hermano contaba con una lista de conquistas que no tenía nada que envidiarle a esa de la que solía presumir Julio Iglesias, pero él sabría. Para mí lo importante es que mi niño era feliz y que de momento disfrutaba como un enano picando de flor en flor. Por supuesto, sin hacerle daño a nadie, que para eso él no se comprometía con ninguna.

El lugar elegido resultó todo un éxito y los invitados no paraban de alabar la boda, que según muchos decían parecía de cuento. Lo que yo más valoraba es que en ella se encontraban todos y cada uno de mis seres queridos y que nos estábamos divirtiendo hasta decir basta.

En ella vivimos momentos muy especiales, como la coreografía sorpresa con la que nos sorprendieron mis abuelos... Mis abuelos, he dicho bien, alucinante pero cierto, porque se habían apuntado a bailes de salón y nos dejaron a todos ojipláticos... Menos mal que mi abuela decía que el abuelo tenía que asumir su edad, ¡si parecían dos chiquillos en la pista!

—Ahora conmigo, Telma —Paco le cogió la vez al abuelo en cuanto acabó la canción.

—Y tú conmigo, abuelito —la sonrisa de ese hombre mirándome será uno de los recuerdos que me acompañarán hasta el final de mis días.

Después de eso, y como era de esperar, Paco siguió liándola en distintos momentos de la boda; hasta lograr llenar un collage de fotos en situaciones surrealistas que está llamado a ocupar un lugar preferente de nuestro salón desde entonces.

Cuando todos los invitados se fueron, Paco me sentó encima de sus rodillas, mientras mirábamos el salón, en el que parecía haberse celebrado una batalla campal, más que una boda.

Lo miré y me miró, y nos echamos a reír, como tantas y tantas veces hacíamos, por las buenas, sin más... Eran risas de felicidad, de esas que no se compran ni se venden, solo se disfrutan...

Desde que conocí a Paco me había vuelto más risueña todavía y es que mi marido era mi mejor terapia para la mente y para el cuerpo, que eso también contaba, todo hay que decirlo.

—Te quiero —me dijo con una voz casi ininteligible por lo mucho que habíamos bebido en una celebración que duró hasta altas horas de la madrugada.

—No sé si te entiendo —me reí, mientras intentaba hablar y notaba que la lengua me pesaba.

—Tampoco me entendías el primer día que nos vimos, y aquí estamos —me dijo él, besándome.

—No sé cómo no salí corriendo, con semejante presentación...

—Porque habrías perdido al amor de tu vida, ¿o no?

—Claro que sí, cariño mío, yo también te quiero, aunque no sé si se me entiende —mi lengua seguía como un zapato de gorda.

Los que sí se entendían eran nuestros ojos, en los cuales se reflejaba que estábamos viviendo un momento de ensueño con la persona a la que queríamos... Yo sabía que Paco me amaba por encima de todas las cosas, y para mí su amor era el motor con el que arrancaba cada uno de mis días.

Ahora solo era cuestión de echarle combustible al aludido motor y para eso no nos hacían falta indicaciones... Amarnos era un placer, un placer inconmensurable al que deseábamos entregarnos en cuerpo y alma a todas horas.